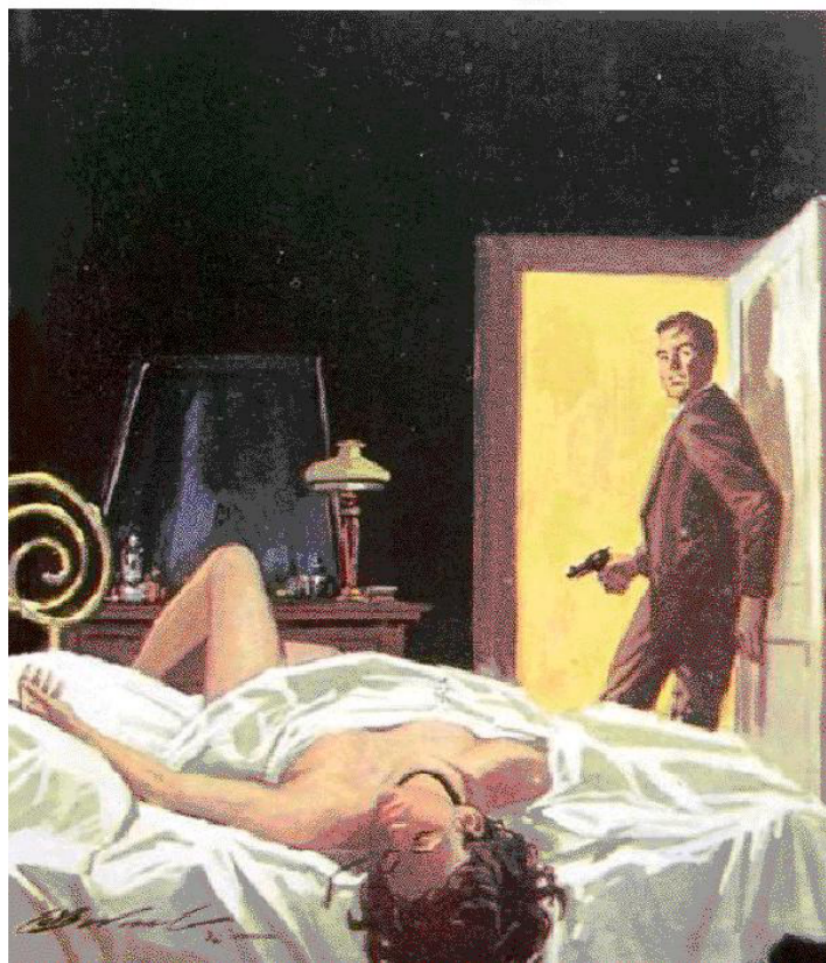


un par de desgraciados

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO



RAY LESTER

UN PAR DE DESGRACIADOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 755
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 34.198 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1976

© Ray Lester - 1976

texto

© Antonio Berna - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS:

777 — Los cadáveres no disparan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034 — Valle Irlanda.

En Colección COLORADO:

878 — Hembras maliciosas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

163 — Gata implacable.

En Colección SALVAJE TEXAS:

907 — Los diablos de Coyame.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

234 — Amor de leona.

En Colección PUNTO ROJO:

747 — Cachorro de sabueso.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.351—Ella y sus gorilas.

CAPÍTULO PRIMERO

Tendido cara arriba, bajo los contadores de agua de la finca, Burt Atkins dejó de darle vueltas a la tuerca, con la llave inglesa, y abrió mucho la boca.

No era para menos.

A menos de medio metro de él había unas piernas de mujer, sensacionales. Tobillos delgados, pantorrillas extraordinariamente torneadas, rodillas... Atkins respingó, al llegar a las rodillas de las fantásticas extremidades inferiores femeninas.

Había visto el lunar delator en la pierna derecha.

Dejando de apretar la tuerca, soltó un resoplido de fastidio, y se incorporó, imprecando una maldición entre dientes. Con acento fastidiado, masculló:

—¿Otras vez tú, conchos?

Susan Baymer, veintiséis años, figura espléndida, morena y de rostro picaresco, le sonrió abiertamente.

—El jefe te espera fuera, Burt.

—¿Qué jefe, maldita sea? —exclamó Atkins—. Ahora trabajo por mi cuenta, en la fontanería.

Susan Baymer compuso un mohín.

—Oh, vamos, Burt, este trabajo no es para un hombre de tus cualidades. Danny te está aguardando, impaciente, en el coche.

Burt Atkins, treinta y tres años pictóricos de fuerza y vitalidad, anchos hombros, grueso cuello y mediana estatura, emitió un prolongado suspiro y suplicó:

—Tienes que hacerme un favor, Susan.

—Dime, Burt.

—Cierra los ojazos, das media vuelta y sales de aquí. Luego, le dices al granuja de Danny que no me has visto.

Ella denegó, sacudiendo la oscura cabellera:

—Sería inútil, Burt. El jefe sabe que estás aquí, y entraría a

buscarte personalmente. ¿Por qué no haces un esfuerzo y sales a cambiar unas palabras con él?

Burt Atkins farfulló unas palabrotas, que no escandalizaron a la morena, y estrelló, furioso, la llave inglesa contra el suelo. Luego se limpió las manos, llenas de grasa, restregándolas en el pantalón.

—Para lo único que sirve Danny la Bianca es para dar siempre con mi paradero, maldito sea. Valiente fisgón de pacotilla está hecho, el muy gandul. El día que me cabree...

Susan Baymer rió alegremente, conseguido su objetivo, y precedió a Burt al exterior del edificio. Un «Chevrolet» del 70, color verde, se hallaba estacionado junto al bordillo, y hacia él se dirigió Burt Atkins, a paso de carga.

Antes de que llegara al coche, se abrió la portezuela del conductor, y descendió un hombre rubio, de unos veintinueve años. Era alto, de atlética figura, y rostro de simpático sinvergüenza.

Al ver llegar a Burt convertido en un basilisco, chasqueó la lengua, sin darle tiempo a hablar.

—Eso no está nada bien, muchacho —recriminó, risueño—. Te has tomado cinco días de permiso, sin notificarlo a nadie, en la agencia. Creíamos que habías sufrido un accidente...

Burt Atkinsladeó la cabeza y, cerrando un ojo, miró con el otro al rubio. Apuntándole con el índice extendido, masculló, ceñudo:

—De permiso, nada, ¿te vas enterando, Danny? Lo que hice fue despedirme, harto de pasar hambre.

Danny la Bianca frunció el ceño, extrañado.

—¿Has pasado hambre trabajando en mi agencia, Burt?

—No me hagas reír, que tengo el labio tumefacto, Danny.

El rubio se giró a la morena Susan, que los contemplaba, a unos pasos de distancia.

—¿Has pasado tú hambre trabajando en mi agencia, Susan?

La morena de semblante picaresco se ahuecó el cabello con las manos, y contoneó las caderas.

—Una sabe arreglárselas, jefe.

Danny hizo un amplio ademán, dirigido a Burt.

—¿Lo ves?

—¡Claro que lo veo, conchos! —exclamó éste, furioso—. Yo no tengo las piernas ni la figura de Susan. Mira, Danny, he decidido trabajar de fontanero, y nada me hará cambiar de opinión,

¿comprendes?

Danny la Bianca compuso una mueca de asco.

—¿De fontanero?

—Naturalmente. Cada escape que arreglo me caen tres o cuatro pavos, y puedo darme el lujo de comer un par de veces al día, como cualquier cristiano.

—Pero tú has nacido para detective, Burt.

—¡Yo he nacido para comer!

La Bianca le palmeó paternalmente el hombro.

—Bueno, bueno, no te sulfures. Ahora no trates de convencerme de que trabajando para mí no comías, muchacho. De verdad que me duele que digas eso. Yo te daba...

—Como máximo, dos bocadillos al día, Danny —masculló Atkins, interrumpiéndolo.

—¿Y eso te parece poco? Se ve que no has leído El conde de Montecristo, Burt.

Atkins lo miró, arrugado el ceño.

—Ése era otro detective de tu calaña, ¿eh?

—A pesar de ser un borrico, me gustas, Burt —rió La Bianca—. Eso te demuestra que siento un verdadero afecto por ti. Díselo para que se entere, Susan.

La morena se adelantó, explicando:

—Cuando Danny se enteró de que te habías largado puso el grito en el cielo, Burt. Dijo contra ti palabras que una señorita como yo no puede repetir...

Danny la Bianca la cortó, haciendo un seco ademán.

—Eso no es lo que quiero que digas, Susan.

Ella abanicó las pestañas, extrañada.

—Debiste aleccionarme...

—Ya está bien, Susan —volvió a cortarla La Bianca, áspero. Se giró a Atkins y, poniéndole una mano en el hombro, trató de ser persuasivo—: Escucha, Burt, esta vez tengo un buen asunto entre manos. Si resuelvo el caso, te prometo que habrá montañas de bocadillos.

Burt Atkins pegó una dentellada al aire, y barbotó, encrespado:

—¡Tengo odio africano a los bocadillos y a la leche descremada, maldita sea!

—Está bien, está bien —le tranquilizó Danny—. De ahora en

adelante, nos dedicaremos a los filetes con patatas fritas. Si te parece, podemos incluso intercalar algunos huevos fritos.

Atkins movía la cabeza, en terca negativa.

—No me vas a convencer, Danny.

—Vamos, hombre —rió La Bianca, pegándole un golpe en la espalda—. Quítate los pantalones, y entra en el coche. Verás que, cuando te explique el asunto, picas.

Burt abrió la boca, perplejo.

—¿Que me quite los pantalones?

—Natural. No pretenderás mancharme la tapicería con esa porquería de grasa, ¿no?

—¿Y quieres que me quede en calzoncillos? ¿Aquí, en medio de la calle y delante de Susan?

El rubio Danny la Bianca volvió la cabeza a la morena.

—Ya tenías que tener los ojos cerrados, Susan.

Ella denegó, con un brillo picaresco en las pupilas.

—Ni hablar, jefe. Por una vez que tengo la ocasión de verle las piernas a Burt...

—¡No vas a verme las piernas! —chilló, exasperado, el fornido Atkins—. Si pensáis que vais a desnudarme...

Un guardia que pasaba por allí se detuvo, y observó a ambos jóvenes, arrugando el ceño.

—¿Hay problemas, muchachos? —inquirió, hosco—. Os advierto que, si pensáis organizar una exhibición, en señal de protesta, saco la matraca y me lío a leñazos, ¿eh?

Danny le dirigió su mejor sonrisa.

—No se preocupe, agente. Sólo estaba gastando una broma a mi amigo.

—Pues que no pase de ahí.

—Descuide.

El policía continuó su ronda, pensando que los gamberros aumentaban cada día en la ciudad. Hasta que el alcalde se decidiera a decretar que se cortaran el pelo y se lavaran...

Susan Baymer levantó la diestra, reclamando atención.

—¿Puedo hablar, jefe?

Danny la Bianca dio una cabezada de asentimiento.

—Venga.

—En el asiento posterior tienes un diario.

—¿Y a qué viene eso? Ya lo he leído mientras esperaba, y no trae nada interesante.

La morena frunció los labios, haciendo un mohín.

—¿Quién compra los diarios para leerlos, jefe? Si lo despliegas sobre la tapicería del asiento, puede entrar Burt en el coche, sin que se manche.

Danny le sonrió, iluminado el semblante.

—Has tenido una excelente idea, Susan. Tómate el resto de la mañana libre y, por la tarde, vuelves a la oficina, por si tenemos la churra de que suene el teléfono.

Luego cogió a Atkins del brazo.

—¿Vamos, Burt?

Atkins inició una protesta.

—Oye, Danny...

—Deja, al menos, que te explique el asunto, ¿no?

Antes de que Burt siguiera hablando, ya estaba Danny extendiendo el periódico sobre el asiento para que entrara su amigo. Luego casi tuvo que empujarlo, mientras iba diciendo:

—Se trata de algo fabuloso, Burt. Vas a saltar de alegría, cuando te ponga al corriente.

Atkins no se había dado cuenta, y ya lo tenía Danny sentado junto al asiento del conductor. Entonces se percató La Bianca de que la secretaria Susan seguía en la acera, y le dijo:

—Tienes dinero para un taxi, ¿eh, Susan?

—Tengo dinero mío —replicó ella, huraña porque la dejaran allí.

—Coger un taxi es un capricho, nena. ¿Crees que los jefes deben pagar los caprichos de sus empleados?

Danny la Bianca se metió en el coche, y lo puso en marcha, antes de que Burt Atkins reaccionara, bajándose por la otra portezuela.

Susan Baymer dio una furiosa patadita al suelo y dijo, entre dientes:

—Sigo a tu lado porque no pierdo la esperanza de echarte la soga al cuello, y llevarte ante el juez de paz, Danny la Bianca. Si no fuera por eso, te ibas a enterar quién era Susan Baymer.

Danny conducía sin prisas, y giró la cabeza al todavía aturdido Burt Atkins.

—¿Qué te dice el nombre de Peter Sebring, muchacho?

Atkins no tuvo que pensar mucho para responder:

—Chorizos en cantidades industriales.

—Exacto —rió, moviendo la cabeza en sentido afirmativo Danny

—. Entre el vulgo es conocido como el rey de los chorizos. Tiene fábricas en varios estados...

—Al grano, Danny.

—De acuerdo, de acuerdo —siguió risueño La Bianca—. ¿Que supones que ha perdido el bueno de Peter Sebring?

—Una ristra de chorizos.

—Frío, frío.

—Una carga de chorizos enlatados.

—Cada vez te apartas más, muchacho.

Burt Atkins encogió los hombros, y dejó escapar un resoplido.

—Me rindo.

—Ha perdido nada menos que a su hija Laura, chico.

Burt dio un respingo.

—¿Cómo que la ha perdido?

—Bueno..., lo más seguro es que la hayan secuestrado. También ha podido largarse con un fulano. El caso es que nos pagan diez de los grandes por encontrarla.

CAPÍTULO II

Burt Atkins miró a su alrededor y torció el gesto.

Aquel amplio salón estaba amueblado con pésimo gusto, pese al mucho dinero que tuviese Peter Sebring. Demasiados cortinajes oscuros, demasiadas cabezas de venados con sus correspondientes cornamentas colgadas de las paredes, y demasiados muebles sobrios, carentes por completo de alegría.

También resultaba raro que el estirado mayordomo que salió a recibirlos a la cancela de la mansión de los Sebring los hubiese llevado directamente a aquel apartado pabellón, ubicado en un extremo del enorme jardín, en lugar de conducirlos a la vivienda principal.

—Esto no me gusta nada, Danny.

La Bianca observó que su amigo miraba en torno, y sentenció:

—No eres un crítico en decoración, Burt.

—Este salón parece lo más apropiado para celebrar un funeral en él. Y hace unos diez minutos que estamos esperando.

—Domina los nervios, muchacho.

En aquel instante se abrió la puerta que daba al jardín, situada a un nivel superior, en una pequeña antesala. Peter Sebring descendió los dos escalones e inquirió, grave, dirigiéndose a ambos jóvenes:

—¿Los han enviado de la agencia La Bianca?

Danny se adelantó, tendiendo la diestra.

—Yo soy Danny la Bianca, señor Sebring —sonrió, cortés—. Éste es mi escolta, Burt Atkins.

Peter Sebring ignoró la mano extendida de Danny, y giró la cabeza al estirado mayordomo que había entrado con él.

—Trae licores y unas galletas para los señores, Mills. Les apetecen unas galletas, ¿verdad?

Burt Atkins se pasó la lengua por los labios.

—¿Que si nos apetecen...?

Danny lo silenció de un codazo, y el mayordomo Mills se fue a cumplir el encargo de su señor.

Sebring hablaba en un tono frío, extraño. Señaló dos oscuros sillones a los detectives y, cuando se hubieron sentado, tomó a su vez asiento, situándose frente a ellos.

—En primer lugar, debo decirles que mi hija Laura es una gran chica, señores.

—Seguro, señor Sebring.

—Usted dijo que era Ronny el Blanco, ¿verdad?

Danny carraspeó, aclarándose la garganta:

—Danny la Bianca, señor Sebring.

—¿Les lié dicho que mi hija Laura es una gran chica?

Burt Atkins pensó que aquel fulano estaba como una regadera, además de podrido de dinero. Había comenzado a soltar una suave risita, pero enmudeció al ver las galletas que contenía la bandeja que depositó el mayordomo sobre la mesita ratona que los separaba de Sebring. Eran descomunales y, por encima, tenían una capa de mantequilla tostada, de un dedo aproximadamente de gruesa.

Mills también dejó unas botellas y varias copas.

Peter Sebring lo señaló todo, haciendo un ademán.

—Pueden servirse ustedes mismos, por favor. Puedes retirarte y regresar a la casa, Mills.

El mayordomo se encorvó en mudo saludo y, mientras Danny se servía una copa de vino importado, Burt se empleó en las galletas, y comenzó a pelearse con ellas.

—Puede usted hablar, señor Sebring —dijo con la boca llena—. Estamos atentos a sus palabras.

Danny bebió un sorbo de vino, y levantó la copa.

—Un vino excelente, señor Sebring.

—Mi hija Laura también es una chica excelente, señor... ¿La Blanca? Ignoro si ya lo dije...

—¡Qué va! —rió abiertamente Burt, pegándole una dentellada a una galleta—. Hable, hable, señor Sebring. Barrunto que no vamos a sacar ni un centavo, pero al menos me llenaré la...

Danny le pegó un nuevo codazo, y Atkins masculló:

—Maldita sea, Danny. Me has pegado en el hígado, ¿sabes?

—Tienes que aprender a comportarte, Burt, muchacho —sonrió bajito La Bianca, inexpresivo el semblante—. ¿Por qué no empieza a

contarnos el problema desde el principio, señor Sebring?

El rey de los chorizos lo miró, extrañado.

—¿Qué problema?

Ahora el que se rascó la pelambarrera, extrañado, fue Danny.

—Hombre..., usted nos llamó para solventar la desaparición de su luja Laura.

—¿De veras?

Danny sacudió la cabeza, cada vez más perplejo.

—Te temo que en todo esto haya un malentendido, señor Sebring. Nosotros creíamos que...

Peter Sebring se dio un repentino manotazo en la frente, y sus ojos se iluminaron.

—¡Ahora lo recuerdo! Yo los he contratado para que encuentren a mi hija Laura.

Danny cambió una estupefacta mirada con Burt que, por un segundo, dejó de masticar.

—Creo... creo que sí, señor Sebring —bisbiseó quedo—. Aunque empiezo a temer que...

El rey de los chorizos extrajo del bolsillo interior de su bien cortada chaqueta un fajo de billetes y, separando veinte de cincuenta dólares, los dejó en la mesa, frente a Danny.

—Consideren estos mil dólares como un adelanto.

Danny lo miró fijamente, y chasqueó la lengua.

—Aún no hemos aceptado el caso, señor Sebring.

Manteniendo una galleta en la diestra, pegó Atkins un zurdazo sobre los billetes y, atrapándolos entre sus dedos, los metió en el bolsillo del pantalón. Luego, recriminó a La Bianca:

—¿Cuándo aprenderás que el cliente siempre tiene razón, jefe? Puede comenzar a exponer el asunto, señor Sebring. En primer lugar, díganos si lo dejan andar por ahí sin compañía.

Danny tenía prietos los maxilares.

—Burt...

—El señor Sebring debe responder a unas preguntas, Danny. Si te interesa conocer la opinión de un experto...

—¡No me interesa tu opinión, Burt! —rugió Danny, apretando los puños—. Limítate a comer galletas y a callar, ¿estamos?

Peter Sebring los miraba reprobadoramente.

—Cuando dejen de discutir, empezaré a contarles el caso,

señores —dijo, adusto—. Tengo un gran interés en hacerlo.

La Bianca dirigió una furiosa mirada a su compañero.

—Es que este fontanero..., quiero decir, mi escolta, me saca de quicio, señor Sebring.

—Despídalo.

Con la boca llena, gruñó Atkins:

—No me caerá esa breva.

Danny la Bianca respiró hondo, conteniendo a duras penas el furor que lo dominaba. Tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para poder decir, sereno, a Sebring:

—Por favor, señor Sebring... Puede empezar a contarnos de qué forma desapareció su hija Laura.

—Lo ignoro.

—¿Cómo dice?

—En realidad, no sé la forma en que desapareció. Se fue una mañana de compras, y ya no volvimos a verla. Hace de esto cuatro días.

Danny arrugó el ceño.

—¿Ha esperado cuatro días?

—Mi hija se marchaba, a veces, con un grupo de amigos. En ocasiones, tardaba un par de días en regresar.

—Comprendo. ¿Avisó a la policía?

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —se extrañó una vez más Danny—. ¿No dice que su hija ha desaparecido?

—¿Y para qué creen que los he llamado a ustedes?

Danny dio una lenta cabezada.

—Me hago cargo. Usted desea que todo se lleve con la más absoluta reserva, ¿eh?

—Yo lo que quiero es volver a ver a mi hija, Blanca.

—La Bianca, señor Sebring. ¿Ha recibido alguna comunicación de unos posibles secuestradores?

—No.

—Pero no hemos de descartar dicha posibilidad, ¿verdad?

—Mi hija no ha podido ser secuestrada.

—Nunca se puede decir, señor Sebring. En los tiempos que corremos...

—¡Digo que no ha sido secuestrada!

Danny abrió las manos, tratando de apaciguarlo.

—Está bien, señor Sebring, está bien —habló calmoso—. Vamos a descartar el secuestro. Pero me gustaría saber cómo puede estar tan seguro de eso.

—Lo estoy, y basta.

—Muy bien. Si no ha sido raptada... ¿Qué otra posibilidad nos queda?

El rey de los chorizos dejó escapar una risa extraña.

—Ustedes son los detectives, ¿no? —desviando la mirada a Burt, añadió—: La mantequilla de las galletas le sentará mal, joven.

—No se preocupe, señor Sebring. Puedo aguantarme los retortijones, a cambio de llenar el estómago.

Danny inquirió, mirando al millonario:

—¿Puedo seguir haciéndole algunas preguntas, señor Sebring?

—Desde luego. Para eso los llamé.

—¿Con quién se relacionaba últimamente su hija?

—Con chicos y chicas de su edad.

—Eso ya me lo supongo, señor Sebring —suspiró, resignado, Danny—. Pero desearía conocer los nombres.

—Y yo también, señor La Bianca. He conseguido decirlo bien, ¿verdad? Cuando tenga la lista de las personas que se relacionaban con Laura, espero que me facilite una copia.

Danny se pasó una mano por el rostro.

—Oiga, señor Sebring... ¿Quieres dejar de hacer ruido masticando, Burt? No puedo entenderme con nuestro cliente, mientras tú devoras ruidosamente.

—Están deliciosas, jefe. ¿Quieres probar una?

—¡Lo que quiero es que te estés quieto, de una cochina vez!

—Está bien, no te sulfures por eso, Danny. Seguiré comiendo, pero en silencio.

Peter Sebring volvió a reprenderles:

—Si siempre están discutiendo...

—Debe perdonarnos, señor Sebring —pidió Danny, girándose al rey de los chorizos—. Estábamos en las amistades de su hija, ¿verdad? Comprenda que, si no me facilita algunos datos para iniciar la investigación del caso...

—Yo no preguntaba a Laura la identidad de sus amigos, La Bianca. ¿Es eso extraño?

Danny encogió los hombros.

—Si tenemos en cuenta los tiempos moderaos...

—No obstante, puedo enseñarles una fotografía de Laura, La Bianca.

Danny asintió despacio.

—Por un momento, temí que ni eso pudiera hacer, señor Sebring. Si tiene la amabilidad...

—Desde luego.

Peter Sebring se incorporó y, llegándose al fondo del salón, desapareció por una pequeña puerta. Tardó unos tres minutos en regresar y, cuando lo hizo, portaba bajo el brazo una caja cuadrada, de unos treinta centímetros por lado.

Burt farfulló bajito:

—Ahora nos enseñará la colección familiar.

En el mismo tono de voz, advirtió Danny:

—No metas la pata, que aquí hay dinero a sacar, muchacho.

Peter Sebring llegó junto a ellos, y sostuvo la caja de madera sobre el brazo izquierdo. Permaneció en pie, en tanto ellos seguían sentados.

—¿Insisten en ver la fotografía de Laura, señores?

—Naturalmente.

—Muy bien.

El rey de los chorizos metió la diestra en el interior de la caja y, cuando la sacó, Danny y Burt quedaron horrorizados.

Estaba mostrando la cabeza de una muchacha, cercenada por el cuello. La sostenía por los rubios cabellos, y sus labios se curvaron en dolorosa mueca al decir:

—Ésta es mi hija Laura, señores.

A Burt se le cayó la galleta que sostenía entre los dedos, y se pegó un mordisco en la mano. Luego, comenzó a sentir que todas las galletas ingeridas se le subían a la boca, y masculló, colérico:

—¡Puerco! ¡Cerdo! ¡Asqueroso...!

CAPÍTULO III

El teniente Martin Flagg, de unos cuarenta años y cara de perro de presa, maniobró el automóvil, sacándolo de la mansión de los Sebring, por el sendero asfaltado.

Giró brevemente la cabeza y echó una fugaz mirada al rubio que tomaba asiento a su lado.

—¿De verdad no te diste cuenta de la locura de Peter Sebring, Danny? Un sabueso de tu categoría...

Danny la Bianca imprecó una maldición.

—Deja las bromas de mal gusto, ¿quieres, Martin?

—Cálmate, hombre, cálmate —pidió el teniente Flagg, conduciendo apaciblemente—. Ya me doy cuenta de que no hubierais aguardado a la escena final. Ese pobre hombre tardará en abandonar la clínica mental donde será recluido. El amor que profesaba a su hija Laura le hizo perder la cabeza.

—La cabeza la perdió ella, maldito sea el viejo loco.

—Laura Sebring apareció estrangulada dentro de su propio coche. Abandonado en las afueras de la ciudad. El pobre padre no ha podido encajar el golpe. ¿Cómo te encuentras, Burt?

En el asiento posterior, Burt Atkins estaba echado hacia atrás, con el semblante macilento.

—No volveré a probar una galleta en mi vida, teniente. El muy asqueroso...

Danny la Bianca reparó, de pronto, en la dirección que llevaba el coche, y exclamó:

—¡Eh, Martin, has perdido la brújula, hombre! Nos estamos alejando de la ciudad.

—Eso es lo que pretendo, Danny —corroboró tranquilamente el oficial de policía—. Deseo pedirlos un favor, y no quiero que nadie pueda vernos juntos.

La Bianca arrugó el ceño.

—¿Un favor?

—En efecto, Danny. Vosotros me debéis infinitud de favores y, por una vez, alteraremos la costumbre. Seré yo el que os deba un favor, cuando todo haya terminado.

Danny se ladeó en el asiento, y lo miró fijo.

—¿Qué clase de favor, Martin?

—Descubrir al asesino de Laura Sebring. El padre os entregó mil dólares, loco o no. La señora Sebring ha consentido que os quedéis con ellos, cambiando la búsqueda de la chica por la búsqueda de su asesino. Y habéis aceptado, ¿no?

—Sí, pero...

—Pensabais gandulear, ¿eh, Danny? No voy a consentirlo.

Danny la Bianca miró a su compañero, por encima del respaldo.

—¿Qué dices tú, Burt?

—Que no volveré a comer galletas en mi vida.

—No me refiero...

—Burt no tiene nada que decir, ni tú tampoco, Danny —le cortó, hablando con dureza el teniente Martin Flagg—. ¿Has olvidado que sólo tengo que enviar un informe, que guardo en el cajón de mi mesa escritorio, para que te retiren la licencia?

Danny miró, rencoroso, al policía.

—Eso es chantaje, Martin.

Flagg encogió los hombros.

—Llámalo como quieras, Danny. Pero, además, existe el hecho concreto de que he visto cómo un cliente os contrataba por mil dólares. Si pensáis remolonear, haciendo el vago...

—De acuerdo, de acuerdo —gesticuló Danny, moviendo ambas manos—. Puedes contar con nuestra humilde ayuda. Sin embargo, hay algo que me tiene intrigado.

—¿El qué?

—Vosotros, los policías, sois los encargados oficialmente de perseguir a los delincuentes. ¿Por qué necesitas la colaboración de dos detectives, más bien mediocres?

Flagg compuso una mueca.

—No te hagas el modesto, Danny.

—No has contestado a mi pregunta, Martin.

—Al parecer, éste es un caso muy especial, muchacho.

—¿Un caso especial? —repitió La Bianca—. Mira, Martin, no veo

lo que puede tener de extraordinario, dentro del hampa, el estrangulamiento de una chica. Salvo que Laura Sebring era hija de un millonario, no encuentro otra cosa.

—Hay más, Danny.

—Vamos, Martin —se impacientó el detective—. Deja de dar rodeos, y ve directo al grano. ¿Qué hay exactamente tras la muerte de la chica?

El teniente de policía encogió los hombros y soltó un resoplido.

—Maldito si lo sé, Danny. Todo cuanto rodea a Laura Sebring es muy extraño.

—¿Por qué no empiezas por el principio, Martin?

Flagg siguió conduciendo durante un trecho, en actitud taciturna. Luego, acabó moviendo la cabeza.

—Hace cuatro días, la mañana del día cinco pasado, aparece Laura Sebring, estrangulada dentro de su propio automóvil, en las afueras de la ciudad —explicó, hablando despacio—. En seguida puse a mi gente a trabajar en el caso, y lo hicimos bastante bien. Ya tenía algo positivo a qué agarrarme cuando el capitán Barton Luck me llamó urgentemente a su despacho. ¿Sabes lo que me dijo?

—Dímelo tú.

—Que tenía que echar tierra sobre el asunto, que lo dejara tal como estaba.

Danny arrugó el entrecejo.

—¿Eso dijo?

Flagg asintió y siguió Danny:

—¿Qué motivos te dio?

—Al indagarlos, obtuve un puñetazo en la mesa, como primera respuesta. Saltaba a la vista que tampoco al capitán le gustaba la orden recibida de la superioridad.

—Pero... encuentro absurdo...

—Éste es un caso en el que la policía no puede meter las manos y remover, Danny. Oficialmente, nos han prohibido asomar las narices en el caso. Hay algo que apesta.

Danny La Bianca permaneció pensativo unos instantes. Después inquirió, sin dejar de mirar al teniente:

—¿Y qué podemos hacer Burt y yo, Martin?

—Seguir el trabajo donde yo tuve que dejarlo.

—De forma extraoficial, ¿eh?

—Por fuerza.

—Y si nos arrugan la nariz, ¿a qué médico vamos? Vosotros no querréis saber nada del asunto.

Flagg encogió los hombros.

—Trataremos de echarte una mano hasta donde nos sea posible, Danny. Es cuanto te puedo garantizar.

—Estás hablando en plural, Martin.

El teniente dio una cabezada.

—El capitán Luck está al corriente de la propuesta que os hago, Danny. Si resuelves el asunto, te lo puedes meter en el bolsillo para el futuro de tus problemas.

Danny la Bianca rió bajito.

—Llevar a un capitán de policía metido en el bolsillo debe de resultar muy incómodo, Martin.

—Déjate de bromas. Barton Luck puede servirnos de gran ayuda, cuando os encontréis metidos en un lío. Y te consta que eso ocurre con bastante frecuencia, Danny.

La Bianca hizo un gesto escéptico.

—A condición de que pongamos el caso en claro, ¿eh, Martin?

—Puede bastar vuestra buena voluntad... siempre que realmente exista, muchacho.

Danny volvió a guardar un largo silencio y, después de pensarlo detenidamente, preguntó a Atkins:

—¿Qué dices tú, Burt?

—Que no vuelvo a probar galletas...

—¡A que te rompo las narices de un trompazo! —amenazó, torvo, Danny—. Ya está bien de dar la lata, hombre. ¿Has escuchado todo lo que ha dicho Martin?

—Me parece que sí —dijo, sin comprometerse, Atkins.

—¿Cómo que te parece?

Burt Atkins emitió un quejido, sosteniéndose el estómago.

—Estoy muy malito, Danny.

—Déjate de cuentos, Burt.

—¿Y a mí qué me explicas? —estalló, colérico, Atkins—. A fin de cuentas, acabarás haciendo lo que te venga en gana.

Ante el estallido iracundo de su compañero, le enseñó La Bianca el puño cerrado.

—Tranquilo, Burt, tranquilo, o de verdad que te arreo el

mamporrazo en los hocicos.

Atkins prefirió emitir un gruñido y apretar los labios.

La Bianca movió la cabeza en sentido afirmativo, al tiempo que decía al teniente:

—De acuerdo, Martin, vamos a echaros una mano. Ahora, dime lo que recibiremos a cambio.

—Los mil dólares y nuestro eterno agradecimiento, Danny.

—¿Qué mil dólares?

—Los que te pagó la señora Sebring. Sabes que podemos obligarte a devolverlos.

Danny la Bianca compuso una mueca y replicó, áspero:

—Da gusto trabajar para vosotros, los sabuesos, Martin. Sois peor que los buitres.

El teniente sonrió.

—Eso quiere decir que aceptas, ¿no?

Danny levantó los hombros, dejando escapar un resoplido.

—¿Tenemos otra alternativa? —Hizo una breve pausa, y en seguida añadió—: ¿Cuándo tenemos que empezar?

—Ya habéis empezado, muchacho.

—Me lo imaginaba. Y seguro que ahora vas a ponemos al corriente de lo que tenáis en mano, ¿eh?

—Eres un lince, Danny —asintió, riendo, el policía. Siguió conduciendo el coche, sin prisas, y dijo—: Laura Sebring era una prostituta de las caras, chicos.

Hasta Burt Atkins respingó, enderezándose en el asiento posterior. Pero fue Danny el que inquirió, después de salir de su asombro:

—¿Qué diablos estás diciendo, Martin? Una muchacha podrida de dinero no tiene necesidad...

—El rey de los chorizos es un fulano bastante tacaño, y Laura tenía gustos demasiado refinados y costosos. Aparte de eso... Creo que también era una viciosa. Está mal hablar desfavorablemente de una persona muerta, pero estoy exponiendo los resultados de mis investigaciones.

Danny sacudió la cabeza.

—Sigue, Martin.

—Pues, como os iba diciendo, pudimos averiguar que Laura trabajaba en una agencia teatral, dirigida por un fulano sin

escrúpulos, llamado Clark Ellis. El tipo dice que es un descubridor de talentos, pero en realidad el negocio es una tapadera para algo bastante más sucio. Controla a varias chicas, y las envía adonde son solicitadas para distraer a personas adineradas. Ellis es ayudado por dos gorilas, que se encargan de mantener a raya a las muchachas. Son Gilíes Smith y Justyn Boyd.

Danny se frotó el mentón.

—Y Laura quiso abandonar el redil, ¿eh?

—No, Danny. Hubiera sido fácil coger a Ellis.

Martin Flagg detuvo el auto y preguntó Burt, que ya estaba interesado en lo que se hablaba:

—¿Por qué paras, teniente?

—A cincuenta metros de aquí tenéis una estación de ferrocarril. Coged el tren para regresar.

Danny la Bianca pidió:

—Sigue con la historia, Martin.

—La semana pasada murió asesinado el senador Wilfrid Reid. Lo habéis leído en todos los periódicos. Un hombre que estaba considerado como un firme candidato a gobernador del Estado, y hasta tenía posibilidades de llegar a la Casa Blanca, en un futuro no muy lejano. Durante varios días hemos andado a la deriva, sin encontrar el menor rastro que nos pudiera llevar al criminal.

Danny dio una lenta cabezada.

—El suceso ha conmovido a la opinión pública. Pero ¿qué relación tiene la muerte del senador Read con el caso de Laura Sebring?

Martin Flagg emitió un profundo suspiro.

—Eso es, precisamente, lo que tenéis que averiguar, Danny. ¿Sabes por qué se nos ha prohibido seguir adelante con lo de la chica? Yo te lo diré. Encontramos un trozo de papel arrugado, en la mano crispada de Laura. Y un nombre escrito en él: Willfrid Read.

CAPÍTULO IV

—Esto no me gusta nada, Danny.

—Ni a mí tampoco, Burt.

—Yo me voy a trabajar de fontanero. Si quieres que te busque una colocación...

—Vas a quedarte, Burt.

Atkins abrió mucho los ojos y miró, asombrado, a su amigo.

—¿Te has vuelto loco, Danny? Este asunto es demasiado gordo para nosotros. Es un bocado muy grande para cerrar la boca. Apretando tuercas, no se corre...

Danny la Bianca empezó a pasear por la oficina de su agencia, y aventó el aire de un manotazo, interrumpiendo a su compañero.

—Reconozco que en todo esto hay gato encerrado, Burt.

—¿Gato...? —boqueó Atkins—. ¡Es un tigre, Danny! Y el primer zarpazo lo vamos a recibir en pleno rostro. Cuando han retirado del caso a la policía...

—En el caso se encuentran mezclados grandes intereses, Burt —habló Danny, como si expresara en voz alta sus pensamientos—. Eso quiere decir que a un pez gordo no le interesa airear los trapos sucios. Si logramos encontrar la canasta de la ropa sucia... Podemos sacar un buen pellizco del asunto.

—Lo que vamos a sacar es un traje de madera, Danny, diablos. ¿No comprendes que contratarán a cuántos pistoleros hagan falta para quitarnos de la circulación?

Danny encogió los hombros.

—A fin de cuentas, hay que morir de algo, ¿no?

—Yo prefiero morir de un chorro de vapor que se escape de una tubería reventada, Danny.

—Puede ser la oportunidad de nuestra vida, Burt —se giró Danny, brillantes las pupilas—. Siempre he soñado con tener un caso verdaderamente importante en mis manos.

En aquel momento se abrió la puerta de la oficina y apareció la morena Susan Baymer.

—¿Queréis una taza de café?

Danny se giró a ella y le apuntó con el índice extendido.

—Vas a marcharte de vacaciones, Susan.

La chica respingó, sorprendida, y ladeó la cabeza, fijando una atenta mirada en su jefe.

—¿Ya...? Hace un mes que regresé, jefe.

—No importa. Te coges adelantadas las del año que viene.

—¿Y adonde quiere que vaya?

—Puedes ir con tu tía Clara, nena.

La morena movió la cabeza, denegando.

—No tengo ninguna tía Clara, Danny.

—¡Pues búscala! —rugió Danny, furioso—. ¿Es que en esta cochina agencia tengo que buscarlo yo todo?

Susan cerró la boca, y preguntó Burt:

—¿Qué hay de ese café? Y de paso, pones unas gotas.

Susan cerró la boca, y preguntó Burt: de licor en él, Susan. Unas quinientas aproximadamente.

Danny gesticuló, furioso, levantando las manos.

—Estamos de servicio, Burt, maldita sea.

—Venga ya, Danny. Sólo los policías dicen que no pue den beber en acto de servicio. Los fontaneros podemos coger la melopea, si lo deseamos. ¿A qué esperas, nena?

Susan desapareció en la puerta, y regresó un par de minutos después con una cafetera en la diestra, y tres vasos parafinados en la zurda. Dejó en la mesa el vaso: y, mientras escanciaba el negro brebaje, inquirió, dirigiéndose a Danny:

—Lo de las vacaciones era una broma, ¿eh, jefe?

—Hablaban en serio, Susan —respondió éste, con aire preocupado. Estamos metidos en un buen lío, y no quiero que puedan causarte daño, por culpa nuestra.

—¿Un buen lío? —masculló Burt Atkins, sardónico—. Estamos metidos en un follón impresionante, chica.

Susan denegó, moviendo lentamente la cabeza.

—No conseguiréis asustarme.

Danny retiró el vaso de la boca y se pegó un manotazo en los labios, al quemarse con el café. Después de barbotar unas

palabrotas, se giró a su secretaria.

—No quiero discusiones, Susan. Te vas de vacaciones y aquí no se hable más.

—Que te crees tú eso.

—¿Cómo dices?

—He querido decir que lo discutiremos luego, jefe —sonrió la morena, haciendo un mohín—. A lo mejor resulta que esta agencia no funciona sin mí.

Antes de que Danny la Bianca volviera a hablar, desapareció Susan Baymer, llevándose la cafetera en una mano y su vaso de café en la otra. Cerró la puerta, dejándoles solos, y gruñó Danny:

—Las mujeres son unas cabezotas, Burt.

—Si tanto empeño tienes en que se largue de vacaciones, puedo encargarme de ello, Danny.

—¿Cómo?

—Yéndome con ella. Seguro que si yo la acompaño accede a venir unos días a Florida.

Danny sorbió, lento, el café.

—Quítatelo de la cabeza, Burt.

—Descuida, jefe, ni siquiera había llegado a ponerlo en ella.

En eso volvió a abrirse la puerta de la antesala, y en el hueco apareció otra vez Susan, un tanto pálida.

—Jefe, aquí hay dos tipos... —Ja secretaria fue apartada por unas manos velludas y apenas tuvo tiempo de completar—: Dos señores que desean verte.

Burt Atkins se enderezó, poniéndose rígido, y crispó las mandíbulas, fija la mirada en los dos gorilas que acababan de penetrar en el despacho. Danny la Bianca sonrió, irónico.

—No hace falta que les autorice a pasar, ¿eh, Susan?

Los dos recién llegados eran fornidos y de rostros poco agraciados. Uno de ellos, con las orejas pegadas al cráneo y la clásica nariz achatada de los boxeadores, dijo:

—Te interesa hablar con nosotros, Danny la Bianca.

—No me digas.

—Hemos venido a pedirte que dejes reposar en paz a Laura Sebring.

—Yo la he dejado, muchacho —replicó, risueño, Danny—. Pero el bestia de su padre perdió un tomillo de la cabeza y quiso guardar

un recuerdo macabro.

El fulano dio una cabezada.

—Lo sabemos.

Danny hizo una señal imperiosa a Susan, y ésta se vio obligada a abandonar el despacho, contra su voluntad. Al quedar los cuatro hombres solos, inquirió tranquilamente el joven:

—¿Quién os envía?

El gorila de rostro achatado, que llevaba la voz cantante, levantó los poderosos hombros.

—¿Y eso qué importa? Nuestro jefe os manda mil dólares con sus mejores saludos, a cambio de que abandonéis toda pesquisa relacionada con Laura Sebring.

Burt Atkins tragó saliva.

—¡La bicoca, Danny! —exclamó alborozado—. Yo creí que venían a damos estopa, y resulta que traen otros mil machacantes. ¿Te imaginas la temporada que podemos pasar Susan, tú y yo con esos dos mil dólares?

Danny movió la cabeza en lenta negativa.

—Ni hablar de eso, Burt. Vamos a seguir escarbando en el caso. Cada vez me gusta más.

El chato compuso una mueca y chascó la lengua.

—Escucha, muchacho, estoy autorizado por mi jefe a llegar hasta los dos mil. Pero ni un centavo más.

—Nada.

—¿Te niegas a aceptar los dos mil, fisgón? —masculló, ceñudo, el fulano—. Te advierto que...

—Estoy seguro de que puedes subir hasta los cinco mil, chato —sugirió Danny, sin perder la sonrisa—. ¿Verdad?

El sujeto entornó los párpados y le miró especulativamente.

—¿Significa eso que estarías dispuesto a dejar las cosas como están, a cambio de cinco mil? —Hizo un pequeño silencio y luego agregó—: Creo que vamos a entendernos, muchacho.

—¡El desmadre! —estalló en carcajadas Burt, pegando saltos por la oficina—. ¡Vamos a ser ricos...!

—No he aceptado, Burt.

Atkins se quedó perplejo, mirando a su jefe, y estiró el cuello en tic nervioso. Al enmudecer de repente, estuvo a punto de tragarse la lengua y tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para preguntar,

incrédulo:

—¿Se te han estropeado los sesos, Jefe?

El chato se dispuso a decir algo, pero Danny movió la diestra a centelleante velocidad, llevándola a la axila y sacando su enorme pistolón. Apuntó con la «Magnum» 357 al rostro del fulano, que se puso como la cera, y aseguró:

—Ahora vamos a entendemos, chato —movió levemente el cañón, abarcando al otro también, y advirtió—: Sigue subiendo la mano, y te la convierto en un ramo de claveles.

—Oiga, Danny la Bianca... —empezó a protestar el exboxeador, lleno de súbito respeto—. No tiene derecho...

Danny le cortó con un brusco ademán:

—Antes de nada, deseo saber vuestros nombres. Se os olvidó entregar la tarjeta de visita a mi secretaria.

El individuo que había llevado la voz cantante hasta entonces, ése señaló a sí mismo con el pulgar:

—Mi nombre es Justyn Boyd. Éste es mi compañero, Gilíes Smith. Pero se ha equivocado si cree...

—Supe vuestros nombres desde que os vi aparecer, chato. Y ahora quiero que nos portemos como personas civilizadas y hagamos juntos un viaje. Sólo hasta ser recibidos por Clark Ellis.

Hubo un corto silencio y añadió Danny:

—Claro que en todo momento os tendremos bajo el fuego de las pistolas, por si desconocéis lo que es portarse civilizadamente.

CAPÍTULO V

Clark Ellis dirigió una iracunda mirada a sus dos guardaespaldas, que se hallaban arrinconados en un ángulo apartado del despacho, vigilados atentamente por Burt.

—¿Quién os autorizó a traerlos, idiotas?

Danny la Bianca apoyó las manos planas sobre la superficie de la mesa y adelantó el busto.

—Si te enseño el pistolón, también dirás amén a todo cuanto yo diga, Ellis.

El falso agente teatral fue a incorporarse, indignado.

—Oiga, Danny...

Éste le volvió a sentar de un manotazo en la cabeza, y el tipo quedó arrugado en el sillón.

—Yo hago las preguntas y tú respondes, Ellis —dijo el joven, tomando asiento en el borde de la mesa—. Ése es el único juego que admito.

—Presentaré una denuncia a la policía.

—Eso me preocupa mucho. De verdad —aseguró risueño el detective—. Ahora, mientras piensas en cómo redactarás la denuncia, vas a contestarme a unas preguntas.

—Yo soy un honrado agente teatral, Danny.

El detective alargó la diestra y le dio unos cachetitos en la mejilla.

—Venga, Ellis. No empieces a contarme el cuento de Caperucita Roja. Me lo sé entero, hombre.

Clark Ellis le lanzó una mirada llena de inusitado odio, desde el asiento en que se hallaba tirado como un fardo. Todavía tuvo arrestos para negar con terquedad:

—No puede sacarme nada...

Danny no le dio unos cachetitos, en esta ocasión.

La zurda salió disparada como un obús, y fue a estrellarse contra

los labios de Ellis, quien dio un salto mortal en el aire, arrancado súbitamente del sillón. Danny no sintió la menor compasión del fulano que era capaz de comerciar con la libertad de chicas más o menos adictas a él.

En el suelo, se pasó Clark Ellis el dorso de la mano por los labios reventados.

—Lo vas a pagar muy caro, Danny la Bianca.

Danny apenas le dejó acabar.

Levantó la pierna derecha y pegó un patadón en el hombro del sujeto; éste se puso a dar enloquecidas vueltas hasta llegar al centro del despacho.

Sus dos gorilas hicieron un ademán de acudir junto a él, pero se contuvieron al observar la aviesa mirada de Atkins, y sobre todo la pistola que empuñaba.

Danny levantó al semiinconsciente Clark Ellis, estrujándole la pechera de la camisa. Con un rictus salvaje, plasmado en el semblante, inquirió, sardónico:

—¿Te parezco cruel, Ellis?

—Yo... —empezó a balbucir el falso agente teatral, verdaderamente atemorizado—. No tiene ningún derecho a tratarme así.

—¿Y lo tienes tú para aprovecharte de unas desgraciadas? Tienes tres segundos para recuperarte y cantar La Traviata, o te dejo inválido para los restos, Ellis.

Clark Ellis pensó que aquel bestia era muy capaz de hacerlo, y pidió, suplicante:

—Déjame tomar aliento, La Bianca. Me fallan las piernas.

Danny le arrojó violentamente contra el sillón, en el que milagrosamente cayó sentado.

Aproximando su rostro al del otro, apremió Danny:

—¿Listo para contestar, Ellis?

El fulano se pasó la lengua por los labios resecos y, después de unos instantes, dio una lenta cabezada de asentimiento.

—¿Qué... quieres saber, La Bianca?

—Todo lo concerniente a Laura Sebring.

—Esa chica se presentó a mi hará cosa de un año. Me di cuenta de lo que buscaba, tan pronto...

—Olvida eso, Ellis —le cortó, seco, el joven—. ¿A qué sitio le

enviaste la noche que murió?

Clark Ellis le miró fijo a los ojos.

—Llamaron tarde. Serían las once aproximadamente —empezó a decir despacio. De pronto se interrumpió y advirtió vehemente—: Te estás metiendo en algo demasiado grande para ti, La Bianca. Mis hombres te vieron en compañía del teniente Martin Flagg...

Danny le palmeó suave la mejilla y Ellis retrocedió asustado.

—Ésa es otra cuestión, y no te interesa, Ellis —le sonrió suave el detective—. ¿Quién llamó a las once de la noche?

Clark Ellis tardó unos instantes en responder.

—Benjamín Aldrin.

Danny se mostró sorprendido sólo a medias. En realidad esperaba el nombre de un personaje, aunque en verdad no supuso que de tanta categoría en el mundo de las finanzas.

Se masajeó el mentón, escrutando el rostro de Ellis.

—Con que Benjamín Aldrin —musitó para sí—. Nada menos que el más poderoso hombre de la ciudad.

Los ojos de Ellis se iluminaron.

—Te decides a dejarlo ahora, ¿eh, La Bianca?

—Oye, Danny —dijo Burt, sin perder de vista a los gorilas que vigilaba—. Ese tipo está demasiado alto para nosotros. Con sólo abrir la boca, nos aplastarán.

Danny siguió mirando al falso agente teatral.

—De modo que Benjamín Aldrin está complicado en la muerte de Laura Sebring, ¿no, Ellis?

Pudo ver que el semblante del otro palidecía intensamente.

—¡Yo no he dicho eso...!

—Pero lo estás dando a entender, y es lo mismo, Ellis —apostilló Danny—. Cuando visite al señor Aldrin pienso decirle que, según tú, está liado en el asunto.

—¡Eso es mentira! —estalló Clark Ellis, más blanco que un muerto.

El joven tuvo que empujarlo para volverle a sentar.

—Dime otra cosa, Ellis.

—¿El qué?

—¿Fue sola Laura Sebring, aquella noche?

El sujeto sacudió la cabeza negando.

—Mis chicas nunca van solas a trabajar.

Burt Atkins soltó una sarcástica risotada.

—¿A qué llama trabajo este desgraciado?

—No interrumpas, Burt —pidió Danny. A continuación se giró nuevamente a Ellis—. Adelante, amigo: ¿quién acompañaba a Laura Sebring aquella fatídica noche?

Clark Ellis se pasó el dedo por el cuello de la camisa.

—Pues... iban con ella Janice Bates y Linda Romero.

—¿El nido de esas damiselas?

—¿Cómo dices?

—Vamos, Ellis, no te hagas el idiota. Te estoy preguntando por la dirección de las chicas.

Ellis le miró con aire preocupado.

—No pensarás asustarlas, ¿eh, Danny? Janice y Linda están muy impresionadas por lo sucedido y sólo hace falta que vayas a verlas con modales... bruscos.

Danny emitió una risita.

—No te preocupes, hombre. Con las mujeres, soy suave como el terciopelo. ¿La dirección?

—Las dos viven en un apartamento de la Calle 65. En el número setecientos cuatro. Comparten el pequeño estudio de Janice.

La Bianca bajó de la mesa y se puso en pie.

—Pues ya hemos terminado por ahora, Ellis. Sólo falta una cosa.

—¿Qué?

Danny se inclinó sobre él y le aplicó unas palmaditas en el cráneo.

—Que hayas dicho la verdad, Ellis. Es por tu bien, ¿sabes? Si tengo que volver a verte, lo vas a pasar muy mal.

—Juro que...

—No jures nada, Ellis —le cortó el joven, alzando la mano—. Lo voy a comprobar personalmente.

Clark Ellis le miró unos segundos, temeroso.

—La Bianca...

—¿Sí?

—No digas a nadie que me he ido de la lengua. Por favor... En mi lugar, se juega uno el cuello a menudo.

—Tenías que ser fontanero, Ellis —bromeó Danny. Y dirigiéndose a la salida, dijo a Burt—: Vamos, muchacho. Deja de vigilar a esos dos fulanos, que han prometido estarse muy

quietecitos mientras abandonamos este asqueroso tugurio. Saben que a los nenes malos les castigo empleando mi pistolón.

Ya en la calle, respiraron a pleno pulmón ambos amigos. Se encaminaron al coche estacionado junto al bordillo, y dijo con aire preocupado Burt Atkins:

—Benjamín Aldrin es un pez demasiado grande, Danny.

—Quieres decir que romperá la red y escapará, ¿eh?

—No, Danny. Lo que romperá en mil pedazos será nuestro físico. Sigue en pie mi oferta de buscarte un empleo como fontanero.

—Deja eso, ¿quieres, Burt?

—Oye, Danny... Con seis mil dólares podríamos darnos...

—¡Al suelo, Burt!...

Al mismo tiempo que gritaba, Danny la Bianca empujó violentamente a su amigo y los dos rodaron por el suelo.

Justo a tiempo de que en la calle se escuchara un concierto de estampidos, y múltiples balas pasaran aullando por encima de sus cuerpos.

Burt se pegó a los baldosines, lamentando que no fueran arenas movedizas para desaparecer.

CAPÍTULO VI

Danny la Bianca empezó a pegar furiosos manotazos al listín telefónico, mientras mascullaba:

—Te dije bien claro que te largaras de vacaciones, Susan.

La morena sonrió.

—No puedo abandonaros cuando estáis metidos en un lío, jefe. Cuando vine a trabajar a una agencia de detectives, sabía los riesgos que podía correr.

Siguiendo la tarea de encontrar algo en el listín, el joven compuso una mueca sardónica.

—Conque lo sabías, ¿eh?

—Puedes estar seguro, jefe. —Susan se inclinó sobre el listín, y los senos turgentes quedaron a un par de pulgadas de los ojos del joven—. ¿Puedo echarte una mano en la búsqueda, jefe?

Danny tragó saliva, contemplando aquel maravilloso inicio turbador. Nunca había pensado en Susan como mujer, y se estaba convenciendo a gran velocidad de su tremendo error. Siempre fue tan imbécil de verla como una eficiente secretaria.

Sintiendo seco el paladar, denegó, sin apartar los ojos del generoso escote:

—Ya lo veo, Susan.

—¿Qué ves, Danny?

—El número de talla... —Sacudió enérgico la cabeza, saliendo de su abstracción, y masculló áspero—: El número de teléfono del teniente Martin.

Susan sonrió.

—¿Para qué estoy yo aquí, jefe?

Danny no le prestó atención y cogió el auricular de un zarpazo, bajo la burlona mirada de Burt Atkins. Marcó un número y, cuando le respondieron del otro lado, habló secamente:

—Póngame con el teniente Flagg.

Hubo un corto silencio, y añadió:

—Para mí sí está, sargento. Dígale que Danny la Bianca desea hablar urgentemente con él.

Un nuevo silencio y asintió.

—Está bien. Espero.

Apenas si habían transcurrido un par de minutos cuando escuchó la ruda voz de Flagg, al otro extremo del hilo:

—¿Qué ocurre, Danny? Te dije que no era conveniente mantener contactos, ¿no?

—Vamos, Martin, no me digas que la policía tiene intervenido el teléfono.

—Escucha, Danny —empezó a decir, calmoso, Flagg—. Te facilité todos los datos de qué disponía. Puedes empezar a trabajar...

—El baile ha comenzado ya, Martin —le interrumpió Danny.

A continuación relató, sin omitir detalle, lo ocurrido hasta entonces, y terminó diciendo:

—Ahora quiero que me respondas a una pregunta.

La voz de Flagg tardó un poco en llegarle. Por lo visto, estaba digiriendo sus explicaciones.

—¿Qué pregunta, Danny?

—Como te he dicho, al salir de la guarida de Ellis fuimos rociados de plomo, y podemos contarle de pura chiripa. ¿Dispone Ellis de otros matones que no sean Boyd y Smith?

—¿Adónde quieres ir a parar, Danny?

—Responde, Martin.

—Creo... creo que no, Danny. Para manejar a las chicas le basta con esos dos fulanos.

La Bianca habló rápido:

—Entonces no pudo ser Ellis el que ordenó la rociada, porque Boyd y Smith estaban con nosotros. Hay otro cazador, al que le interesa cazamos, antes de que lleguemos demasiado tarde.

Se abrió otro paréntesis de silencio entre los dos, y acabó rompiéndolo Flagg:

—¿Qué piensas hacer, Danny?

—Seguir colaborando contigo y con el capitán Luck, Martin.

—No me refería a eso.

—¿Quieres saber mis planes para un futuro inmediato?

—Eso es.

—Pues, en primer lugar, tengo programada una visita.

—¿A quién?

—A Benjamín Aldrin, naturalmente.

—¡Oye, Danny! —estalló el teniente, respingando—. No vayas a meterte en un berenjenal...

Danny torció el gesto, interrumpiéndole, sarcástico:

—Tú me has metido en él, Martin.

Y colgó bruscamente el teléfono.

Luego atrapó el sombrero de encima de la mesa y se dirigió a la salida, ladrando a Atkins:

—Vamos, Burt.

Su amigo empezó a seguirle de mala gana y casi tropieza con él, al girarse Danny en el hueco de la puerta y apuntar con el índice extendido a su secretaria.

—No quiero verte por aquí cuando regrese, ¿estamos, Susan? Han empezado tus vacaciones.

El hombre de elegante aspecto y duras facciones clavó los penetrantes ojos en los dos amigos. Había echado una ojeada a la tarjeta que tenía en la mano.

—¿A qué debo la visita, señores? En mi vida me he relacionado con detectives de tercera clase.

Sus palabras eran intencionadamente despectivas, y se adelantó La Bianca un paso, enseñando los dientes.

—Pues tendrá que ir acostumbrándose, señor Aldrin. No vamos a despegarnos de usted hasta que algunas cosas queden claras.

El poderoso Benjamín Aldrin arqueó las cejas, sorprendido.

—Puedo llamar a la policía.

El joven señaló el teléfono sobre una de las mesas del enorme y bien amueblado salón.

—Hágalo, señor Aldrin... Mi nombre es Danny la Bianca.

Aldrin hizo intención de dirigirse al teléfono y agregó, risueño, el detective:

—Cuando venga la policía le hablaré de las chicas que solicitó usted a Clark Ellis para que sirvieran de distracción en su fiesta. Por cierto... ¿sabe que una de ellas apareció estrangulada, la mañana siguiente a la diversión?

Aldrin se detuvo y crispó, lívido, los maxilares.

—Conque es eso, ¿eh?

—Exacto, señor Aldrin.

Los ojos del importante hombre de las finanzas despedían fuego.

—No tiene derecho a inmiscuirse en mi vida privada, La Bianca.

Danny le mantuvo la mirada, al responder:

—Cuando alguien me contrata para descubrir a un cobarde asesino, tengo derecho a remover en la basura, señor Aldrin. Aunque ésta se encuentre a un nivel superior, como en este caso.

Las pupilas del millonario se convirtieron en dos trozos de hielo, clavadas en el joven.

—¿Qué trata de insinuar, La Bianca?

—Por ahora no insinúo nada, Aldrin —replicó Danny, prescindiendo del tratamiento, igual que su oponente—. Sólo hago preguntas para aclarar unos puntos oscuros.

—¿Acaso me cree complicado en la muerte de Laura Sebring?

—Dígamelo usted, Aldrin.

El hombre endureció aún más las facciones.

—¿Sabe que puedo echarles de aquí, sin necesidad de llamar a la policía, La Bianca?

—Me lo imagino.

—Bastará con llamar a tres o cuatro de mis guardaespaldas.

El joven sonrió, mordaz.

—¿De esos que rocían la acera con plomo caliente?

Benjamín Aldrin arrugó el ceño y Burt Atkins se removió, inquieto, observando su gesto de ira.

—Eres demasiado curioso, Danny —reprochó nervioso—. ¿A qué infiernos vienen tantas preguntas?

—Maldita sea... Yo soy fontanero, Danny. ¿Cuándo se te meterá en la cabeza que no sirvo para esto?

Aldrin los interrumpió, haciendo un brusco ademán.

—¿Quieren dejar de discutir en mi casa? Si van a aclarar una disparidad de criterios, será mejor que salgan a la calle.

Atkins lo aprobó con una cabezada.

—Eso, vámonos a la calle, Danny.

—Quieto donde estás, Burt.

La Bianca se giró despacio al millonario, después de observar que su amigo se quedaba. Le miró fijamente a los ojos y dijo:

—Supongamos que creo en su inocencia respecto a la muerte de

Laura Sebring, Aldrin.

—¡Oiga, La Bianca!... Estoy harto de sus impertinencias.

—Si es usted inocente, no tendrá inconveniente en colaborar con nosotros, ¿verdad?

El rostro de Benjamín Aldrin estaba congestionado, y Atkins temió que le diera algo.

No obstante, Danny volvió a la carga:

—¿Quiere ayudarnos a descubrir al cobarde asesino, o tendré que hacerlo por mis propios medios, Aldrin?

En aquel momento se abrió una puerta disimulada bajo la escalera que arrancaba del salón y, por el hueco, penetraron cuatro energúmenos. Se quedaron mirando unos instantes al millonario y éste dio una leve cabezada afirmativa.

Los cuatro se pusieron en movimiento hacia los dos amigos, y rezongó Atkins, ceñudo:

—Ya te advertí lo que íbamos a sacar, Danny. —Giróse a Benjamín Aldrin y pidió—: Por favor, señor Aldrin, cuando sus gorilas hayan acabado conmigo, envíeme al hospital St. Joseph. Es el que dispone de mejores médicos.

CAPÍTULO VII

Danny la Bianca retrocedió unos pasos y torció el gesto, mirando al poderoso hombre de las finanzas.

—Le vamos a estropear el mobiliario, Aldrin.

Benjamín Aldrin le devolvió una mirada irónica.

—¿Cree que tendrá tiempo, La Bianca?

Uno de los sujetos se estaba acercando demasiado, y el joven empezó a demostrar la veracidad de su advertencia. Apoyó las manos en la mesa que tenía más cerca y puso el cuerpo en posición horizontal, aplicando una doble patada al tipo.

Éste retrocedió violentamente, y como sus tres compañeros se apartaron al verle venir convertido en un borrón, fue a estrellarse contra un lujoso reloj de péndulo, que le había costado al dueño de la casa cincuenta mil dólares.

El sujeto lo hizo polvo a cabezazos, y antes de despedazarlo tocó la una con la frente.

Dos gorilas trataban de coger en medio a Burt Atkins.

Pero súbitamente éste perdió todo temor, y se convirtió en un ciclón imparable. Golpeó a derecha e izquierda, dio patadas, mordió una mano, intentó clavar la cabeza en el abdomen de uno de ellos, consiguiéndolo a medias...

Los dos gorilas quedaron despatarrados por el suelo.

Y Atkins no les concedió el menor cuartel. Atrapó una silla estilo Luis XV y empezó a descargar silletazos sobre sus enemigos, sin preocuparse del lugar donde aplicaba los golpes.

Entretanto, Danny le había clavado la zurda en el hígado al otro fulano que le tocaba y, al boquear éste, falto de aire, le cazó con un gancho digno de Cassius Clay en la punta del mentón. El resultado fue pésimo para el guardaespaldas de Aldrin, y salió corriendo a terminar con lo poco que quedaba del reloj.

Burt siguió golpeando una y otra vez hasta que la silla se

convirtió en astillas en sus manos. Viendo que el trozo más grande que le quedaba era del tamaño de un mondadientes, se giró, buscando otra.

En aquel instante le sujetó Benjamín Aldrin por el brazo, y antes de que Atkins le pegara un derechazo, le sonrió amigablemente, denegando con la cabeza:

—Si quiere, le doy una pistola y les vuelva la cabeza a los dos. Pero por favor... no me rompa otra silla.

Danny se sacudió las manos y contempló, sonriente, al millonario.

—Por su aspecto, supuse que sus gorilas tenían más aguante, Aldrin.

El dueño de la casa dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo, La Bianca. Usted gana.

El tipo que había hecho añicos el costoso reloj se incorporó y se quitó un muelle de la nariz, aplicándose un manotazo. Luego masculló, rabioso, con idea de embestir:

—Ahí voy, jefe.

Benjamín Aldrin le miró, gélido.

—Si te atreves a venir, será lo último que hagas en tu vida, Hutchinson. Sois unos mamarrachos indecentes.

Los otros tres tipos también se estaban levantando, y pudieron escuchar las furiosas palabras de Aldrin. Se quedaron indecisos hasta que el millonario les hizo una imperiosa señal.

Los cuatro desaparecieron, renqueando, por debajo de la escalera.

Entonces se giró Benjamín Aldrin a los dos amigos, y preguntó irónicamente:

—¿No se han detenido a pensar que tal vez Laura Sebring merecía la muerte que tuvo?

Burt Atkins empezó a sentir un profundo desprecio hacia Aldrin. Esperaba una dura respuesta de Danny, y quedó sorprendido cuando su amigo indicó un sillón al millonario, e invitó, inexpresivo el semblante:

—¿Por qué no aclara eso, Aldrin?

Benjamín Aldrin estuvo unos segundos escrutando el rostro de La Bianca y después cambió radicalmente de actitud. Hizo un amplio ademán con las manos para que tomaran asiento y él lo hizo

a su vez, frente a ellos. Emitió una risita breve y dijo:

—Es usted un hombre muy tenaz, La Bianca —ponderó—. Voy a decirles todo lo que pueda de aquella noche, aunque en realidad ignoro si les hago un favor o ayudo a cavarles la tumba.

—Deje que nosotros nos ocupemos de eso, Aldrin.

El millonario encogió los hombros displicente.

—Por descontado. De todas formas, debo advertirles que vislumbro unos intereses creados, demasiado poderosos, detrás del asunto.

Danny arqueó las cejas.

—¿Sólo vislumbra?

Aldrin sonrió desganado.

—Se equivoca si cree que estoy metido en el lío, muchacho. Pero yo, de ustedes, lo pensaría dos veces antes de seguir adelante.

Danny compuso una mueca, torciendo los labios.

—Mi compañero y yo somos un par de desgraciados, Aldrin. Tenemos poco que perder.

Burt quiso protestar, pero se lo impidió Danny, haciendo un gesto.

Benjamín Aldrin volvió a sonreír.

—Me gusta su forma de ser, La Bianca, palabra. Si alguna vez deciden dejar la profesión, vengan a verme. Puedo ofrecerles un sueldo mensual equiparable a lo que ahora ganan en un semestre.

—Se está apartando de la cuestión, Aldrin —recordó el joven—. Quedamos en que accedía a ayudarnos.

—En efecto, en efecto —sonrió Aldrin—. ¿Por dónde desea que comience a hablar?

Danny lo pensó brevemente.

—Puede decimos, por ejemplo... ¿qué relación puede existir entre las muertes de Laura Sebring y el senador Wilfrid Read?

Benjamín Aldrin no pudo disimular un leve sobresalto. Luego entornó los ojos y procuró que su voz apareciera lo más normal que le fue posible:

—¿Cómo puede relacionar ambos crímenes, La Bianca?

Danny elevó los hombros, al tiempo que una tenue sonrisa se dibujaba en sus labios.

—A veces, se me ocurren ideáis.

Benjamin Aldrin aparecía serio, por el contrario, con una grave

expresión reflejada en el semblante.

—Me temo que ha ido demasiado lejos, La Bianca —murmuró, chasqueando la lengua con aire preocupado—. Ni usted mismo adivina el lío en que se ha metido. De todas formas, y puesto que nada puedo hacer por disuadirle, voy a revelarle cuánto sé, en relación con la muerte de esa chica, de Laura Sebring.

El joven dio una lenta cabezada.

—Adelante, Aldrin.

Después de un corto silencio, empezó a decir el millonario:

—En el ambiente en que me muevo, debo relacionarme con toda clase de gente. De ahí que conozca a Clark Ellis y la índole de su negocio. No voy a negarle que en alguna ocasión utilicé a... sus chicas. Se trataba de reuniones de negocios, y nunca están de más unos rostros bonitos para amenizar. Muchas veces ayudan a cerrar un ventajoso proyecto. Ése fue el caso de aquella noche.

—Siga, Aldrin.

—Arch tenía un compromiso con tres potentados del sur...

—¿Arch...?

—Archer Lovell, La Bianca. ¿Hace falta que le diga quién es?

Danny denegó despacio.

—Todo el mundo sabe que Archer Lovell es uno de los industriales más importantes del país.

Aldrin carraspeó y echó mano a una cigarrera, ofreciéndola a los dos detectives. Danny y Burt rechazaron, y él se puso un cigarrillo en los labios, prendiéndole fuego. Echando una bocanada de humo, siguió:

—Como le iba diciendo, Arch tenía que convencer a tres tejanos para que realizaran una fuerte inversión en cierto negocio. Los sujetos se resistían, y Arch me pidió que llamara a Ellis y le solicitara a tres de sus chicas. Por su parte, alquiló una *suite* en el Imperio, y allí nos reunimos algunas personas. Estuvimos durante dos o tres horas discutiendo el proyecto y luego... Bueno, puede imaginarse lo que ocurrió. Yo, y conste que no soy un santo, preferí marcharme de allí. Puedo asegurarle que cuando lo hice todo estaba en paz y concordia. Nada hacía sospechar lo que ocurriría luego.

Danny le miró fijo a los ojos.

—Esas tres muchachas que envió Ellis eran Laura Sebring, Janice Bates y Linda Romero, ¿verdad?

Aldrin se encogió de hombros.

—No acostumbro a preguntarles los nombres. Sin embargo, reconocí a Laura, de otras ocasiones anteriores.

Danny se pasó el dedo por la mejilla reflexivamente.

—Durante el tiempo en que usted estuvo presente... ¿a quién dedicaba su atención Laura Sebring?

—A uno de los tres tejanos, por supuesto.

—¿Cómo se llama?

—Lew Styron. Posee algunos pozos de petróleo en Texas.

—¿Qué hizo a la mañana siguiente, cuando leyó en los periódicos la muerte de Laura, Aldrin?

—Me llamó Arch antes de eso.

—¿Y qué le dijo?

—Que Laura Sebring había aparecido estrangulada, en las afueras de la ciudad.

Danny arqueó las cejas al ver que Aldrin guardaba silencio.

—¿Sólo eso?

—Me dijo también que no debía preocuparme de nada. Él se encargaría de solucionar todos los problemas. Agregó que aquello había sido un percance ajeno por completo a ellos, y que la policía ni siquiera llegaría a molestarme.

—Y usted le creyó, claro.

—¿Qué podía hacer? Ninguna acción por mi parte devolvería la vida a la muchacha.

Danny volvió a sacudir lentamente la cabeza. Estuvo unos instantes silencioso y súbitamente inquirió:

—¿Por qué ahora ha decidido contarle todo, Aldrin?

El millonario dio una larga chupada al cigarrillo y luego lo aplastó en el cenicero, ganando tiempo para dar la respuesta adecuada. Terminó por hacer una mueca y suspirar.

—No me gusta que la gente muera, La Bianca. Me une una gran amistad con Archer Lovell, pero... desearía que todo quedara claro. Y no imagino que él tenga que ver con el asesinato de la chica.

El detective forzó una leve sonrisa.

—Muy bien, Aldrin. Ahora sólo resta que me aclare un punto.

—¿Cuál?

—La relación que puede haber entre los crímenes de Laura Sebring y el senador Wilfrid Read.

Benjamín Aldrin atirantó los músculos del rostro.

—De eso no puedo decirle nada, La Bianca.

—¿No?

—Todo lo que tengo en mente son conjeturas, y no deseo señalar a nadie, por simples sospechas.

—Dígame al menos el tipo de sospechas, Aldrin. ¿En qué hechos concretos basa sus conjeturas?

Aldrin le miró fijo y sus pupilas centellearon.

—Ya ha abusado demasiado de mí... hospitalidad. La Bianca. Accedí a contarle todo lo que sabía, y eso he hecho. Ahora será mejor que se marche.

—¿Sin haber respondido a mi última pregunta?

—No me sacaré una palabra más, por mucho que insista, La Bianca. Debe conformarse con lo que le he dicho, y opino que ha sido bastante. Posiblemente se resquebraje mi amistad con Arch. Sólo en el caso de que sea usted discreto...

Danny le miró sorprendido.

—¿Tiene miedo, Aldrin?

El millonario no apartó ni un ápice la mirada, y el joven pudo leer en sus pupilas un destello burlón.

—¿De verdad supone que puedo sentir miedo, en la posición que ocupo. La Bianca?

—Entonces...

—Antes le dije que soy amigo de Archer, desde hace mucho tiempo. Y deseo conservar la amistad. Eso es todo.

Danny dio una cabezada y se puso en pie.

—Comprendo.

Ya se dirigía a la salida seguido de Burt, cuando le llamó el importante hombre de las finanzas:

—La Bianca...

El joven giró la cabeza, deteniéndose en el centro del salón.

—Diga.

—Hace infinidad de años que todas las personas a las que trato, anteponen a mi apellido la palabra «señor». Hágalo usted también, si tenemos la desgracia de volvernos a ver. —Hizo un irónico gesto con la mano y agregó—: Supongo que encontrarán solos las puertas que llevan al exterior.

Danny le miró largamente en silencio, y a continuación giróse,

abandonando el salón seguido de Atkins. Cruzaron una alargada habitación, y salieron a un pasillo que les condujo al vestíbulo.

Allí vieron a un hombre que les contempló silencioso. Era un rubio, de cuerpo atlético y fría mirada. Sin despegar los labios hizo un ademán señalando la salida.

Ya en la acera, respirando el aire fresco de la noche, sacudió la cabeza Danny, comentando:

—Por el hilo llegaremos al ovillo, Burt.

—En este caso no es un hilo, jefe. Se trata de la maroma de un barco, y nos vamos a estrellar.

—No seas pesimista, caray —reprochó La Bianca, risueño—. Con lo que hemos averiguado, podemos seguir adelanté.

—Eso es precisamente lo malo —refunfuñó Atkins—. Que ya veo cuál será el final.

—Venga, Burt —le palmeó el hombro Danny—. ¿Dónde están los ánimos?

Mientras hablaban, iban cruzando la calle en dirección al coche que tenían estacionado en la acera contraria.

Se encontraban en el centro de la calzada, cuando unos faros se encendieron súbitamente y escucharon el brusco rugido de un motor al ponerse en marcha.

Danny giró la cabeza y unas luces le deslumbraron.

El automóvil, lanzado a toda velocidad, se hallaba a unos diez metros del lugar que ocupaban.

CAPÍTULO VIII

Burt Atkins saltó como un gamo, y empezó a gatear, arañando el capó de un coche cercano, en dirección al tejadillo. En más de un mes no tendría necesidad de cortarse las uñas.

En la calle crepitó un estampido.

Un balazo astilló el parabrisas del coche embalado, justo frente al lugar que ocupaba el conductor.

Éste dio un brusco giro al volante, alcanzado en la cabeza por el proyectil. El vehículo se estrelló, empotrándose contra otro estacionado en el lado contrario al coche de los detectives, después de describir una curva cerrada.

El ruido fue ensordecedor.

Danny resolló, tendido en el suelo, sintiendo que todo su cuerpo se llenaba de frío sudor. Las ruedas delanteras del coche agresor habían pasado a menos de medio metro de su cuerpo.

Se puso en pie, todavía anonadado, y entonces le llegó la voz femenina, procedente de su propio automóvil:

—Si quiere un consejo, será mejor que nos larguemos cuanto antes, jefe.

—¡Susan...!

—Vamos, jefe, la policía no tardará en acudir y hará muchas preguntas. ¿Qué haces subido ahí, Burt?

Atkins masculló una palabrota y después agregó:

—¿A ti qué te parece? ¿Que estaba comprobando si tenía sucio el tejadillo?

—¡Venga, Burt! —apremió Danny, repuesto de la sorpresa—. Hemos de salir de aquí.

Susan vio acudir corriendo a Burt, y le cedió el volante, pasando ella al asiento posterior, junto a Danny. Atkins comprobó que el motor se hallaba en marcha y pisó el gas, saliendo a toda velocidad.

Susan sonrió:

—Demuestra que has corrido en Indianápolis, Burt.

—Descuida.

Danny estaba mirando por el cristal posterior, y observó que varios individuos salían corriendo de la casa de Benjamín Aldrin. Les habrían visto partir, con toda seguridad.

Encogió los hombros y después miró, hosco, a la morena.

—¿Desde cuándo te pago horas extras, Susan?

—Me debes dos mensualidades, jefe.

—¿Y quién diablos te mandó venir?

Ella frunció los labios, componiendo un mohín.

—¿Vas a echarme la bronca, jefe? Encima que te he salvado de morir atropellado...

Conduciendo ya a la velocidad permitida, chasqueó la lengua Atkins, aprobando:

—Susan tiene razón, Danny. Si no llega a ser por ella...

La Bianca arrebató la pistola que todavía sostenía en la mano Susan y masculló, furioso:

—¿Quién es el jefe aquí?

Atkins hizo una mueca de fastidio.

—Danny, si te vas a poner en ese plan, te puedes ir...

—¡Mira al frente o nos pegamos la torta, bestia! —gritó Danny, observando que Burt había esquivado, por centímetros/a otro coche que venía en sentido contrario—. Valiente porquería de conductor que estás hecho.

—Oye, cuando yo era piloto en Indianápolis...

—De eso ya hace muchos años, muchacho —le volvió a interrumpir Danny, en tono más suave—. Calla y conduce, que es lo tuyo.

Atkins imprecó una maldición y optó por guardar silencio.

La Bianca se dirigió otra vez a su secretaria:

—¿Qué estabas haciendo ahí, Susan?

—¿Dentro del coche?

—¡Claro que dentro del coche!

Susan abanicó las largas pestañas, y le dedicó una sonrisita.

—No te pongas así, que envejece, Danny.

—¡Y a mí qué me importa! Dispones de tres segundos para responder a mi pregunta, bombón.

—Gracias, jefe —siguió riendo ella. Pero al ver el gesto

enfurecido que se reflejó en el semblante de él, se apresuró a decir —: Sabía que estabais visitando a Benjamín Aldrin.

—¿Y qué?

—Me dije a mí misma que os podía ayudar, y por eso vine.

Danny hizo un irónico ademán.

—No me digas ahora que barruntabas lo que iba a suceder, nena.

—Si llegáis a tardar un cuarto de hora más en salir, hubiera llamado al teniente Flagg.

El joven guardó silencio unos segundos, y Atkins lo aprovechó para afirmar:

—Esta chica vale su peso en oro, jefe.

Susan continuó explicando:

—Fue una suerte que me enseñarais a disparar, el verano pasado. Cuando vi que el coche se os echaba encima...

Danny cambió de actitud y comenzó a palmearle torpemente las manos. Por la rigidez de ella, se daba cuenta de que Susan estaba pensando, ahora, en que había matado a una persona.

—No pienses más en ello, Susan —te sonrío, cálido—. En verdad debes estarte agradecidos por habernos salvado la vida. Recuérdame que un día de éstos te aumente el sueldo.

Susan se soltó de las manos de él y le miró largamente. De pronto, se percató de un pequeño arañazo que tenía Danny en la frente, y se adelantó impulsivamente hacia él.

—¡Estás herido...!

Llevó las manos al rostro masculino y sus turgentes senos se apretaron contra el pecho de Danny.

El detective sintió que se le secaba el paladar.

—Sólo es un pequeño rasgu...

Danny no supo nunca cómo llegó a suceder. El caso era que tenía a la morena entre sus brazos y besaba ávidamente sus carnosos y quemantes labios.

Mirando por el retrovisor, canturreó alegre Burt:

—¿Al juez de paz, pasajeros?

Pasaron largos segundos hasta que Danny se separó de la muchacha. Observó las mejillas encendidas de ella y musitó confuso:

—Lo siento, Susan...

Atkins rezongó para sí:

—Maldito hipócrita...

Susan reflejó en el bello rostro una expresión de desaliento y exclamó:

—¿Que lo sientes?... Danny, eres tan malo como detective que nunca podrás llegar al fondo del corazón de una mujer. Nunca se nos debe decir eso cuando somos besadas.

Danny se rascó la pelambreira, perplejo.

—Bueno..., yo...

Atkins rió, soltando una carcajada.

—Duro con él, Susan. Tienes la sartén por el mango...

Danny ya estaba repuesto de su confusión y le pegó un manotazo en el cogote, acallándolo.

—Tenemos mucho trabajo por delante, Burt. Vamos, enfila hacia el apartamento de Susan.

La muchacha inició una protesta:

—No hay derecho...

—¿Te crees Juanita Calamidad por lo que acabas de hacer, nena? —inquirió, nuevamente áspero, Danny—. Donde mejor está una chica como tú es en su casita, ¿entiendes?

El instinto femenino de la muchacha le dijo que, en aquella ocasión, tenía que plegarse a los deseos de él. Ya llegaría el día en que se tomara el desquite. Apparentemente sumisa, asintió:

—Lo que tú digas, Danny.

Minutos después, detenía Burt el coche frente al edificio de apartamentos donde vivía Susan. Ella descendió, después de lanzar una profunda mirada a La Bianca, y ambos jóvenes aguardaron hasta verla desaparecer en el portal.

Acto seguido, sugirió Burt:

—Nos vendría bien un trago, ¿eh, jefe?

—Vamos al 704 de la Calle 65 Burt.

—¿Hay un buen bar allí, Danny?

—Es la dirección de Janice Bates y Linda Romero, idiota.

El número 704 de la Calle 65 presentaba una fachada que había conocido tiempos mejores, aunque no podía decirse que estuviera en ruinas.

Ambos amigos dejaron el coche estacionado junto al bordillo y avanzaron por la acera.

Penetraron en un portal que, al parecer, no se cerraba nunca, y contemplaron una angosta escalera a la izquierda de la entrada. No había ascensor. Danny buscó en los mugrientos buzones, situados a la derecha del apartamento correspondiente a Janice y Linda.

Burt se pasó la mano por el mentón.

—Para la profesión que tienen estas chicas, no viven con demasiados lujos, Danny.

—Nunca te fíes de las apariencias.

—¿Crees que estarán arriba? Seguro que el canalla de Ellis las tiene ocupadas en alguna parte.

—Vamos a saberlo en seguida —dijo Danny, encaminándose a la escalera—. En tal caso, volveríamos mañana.

—Eso estaría bien.

—¿El qué?

—Tener que volver mañana. Estoy que me caigo de sueño.

Fueron subiendo las escaleras sin demasiada prisa, y ya llegaban al rellano donde se hallaba la vivienda de las dos muchachas, cuando una puerta se abrió violentamente.

Una mujer joven, atractiva y bastante ligerita de ropa, se precipitó sobre ellos con el terror reflejado en sus facciones. Temblaba tambaleándose, a punto de derrumbarse.

—Dios mío..., está muerta —musitó.

Danny tuvo que hacer un violento esfuerzo y consiguió mantenerla inmóvil, sujetándola por los brazos desnudos. La muchacha, pues no pasaba de los veinticinco, le miró con los ojos desorbitados por el terror que la dominaba.

—Vámonos de aquí pitando, Danny —suplicó Atkins, contagiándose del terror de la chica—. Esto va a ponerse feo.

En lugar de eso, su amigo la fue empujando hacia la puerta por la que había salido, mientras iba diciendo, persuasiva:

—Tenga calma, señorita. Somos de la policía, y estamos aquí para ayudarla. Vamos, sérénese.

Aunque ella se resistió, apenas tenía fuerza para hacerlo. Danny logró introducirla de nuevo en la vivienda, antes de que sembrara la alarma, entre los vecinos.

Ya en el interior, cerró la puerta y le pasó el brazo por los hombros, conduciéndola al salón, donde permitió que se derrumbara sobre uno de los sillones.

Ladeó la cabeza a Burt y pidió:

—Busca una copa de lo que sea y tráela.

Atkins no tuvo necesidad de esforzarse mucho, puesto que sobre una diminuta mesita había varias botellas de licor y algunas copas. Preparó una bebida y la llevó a Danny.

Después de que el joven la obligara a tragar un sorbo, ella movió la cabeza, dando la impresión de que abandonaba un pozo de insondables tinieblas.

Contemplando su rubia cabellera, preguntó Danny:

—Usted es Janice Bates, ¿verdad?

La muchacha asintió en silencio.

Danny hizo una señal a su amigo para que se ocupara de Janice, mientras se iba recuperando, y él se incorporó, dirigiéndose a una puerta abierta que daba al salón.

Llegó al umbral y no se extrañó por lo que vio dentro.

Sobre una cama, tendida de lado, y vistiendo un breve camisón que apenas cubría su cuerpo, se hallaba una mujer. Tenía las manos engarfiadas, sosteniendo una almohada. Su largo y sedoso cabello oscuro estaba completamente revuelto.

Y en el satinado cuello, una cinta roja demostraba que había muerto estrangulada.

CAPÍTULO IX

Derrumbada en el sillón, con la copa todavía en la mano y profundamente afectada por lo ocurrido, fue explicando Janice Bates a los dos detectives:

—Tenía que hacer unas compras y estuve fuera como unas dos horas. Al regresar llamé a Linda y, al no responderme, supuse que estaba durmiendo. Decidí dejarla descansar, puesto que era pronto, y me metí en la ducha. Unos quince minutos después, cuando ya me había duchado, salí de nuevo al salón y volví a llamarla. Tampoco me contestó, y como a las once tenemos una cita con... unos amigos, fui al dormitorio a despertarla. Fue entonces...

La muchacha se estremeció de pies a cabeza, y Danny le palmeó el hombro, tranquilizándola.

—No hace falta que digas lo que siguió, Janice. Me lo imagino. ¿Sospechas de alguien?

Janice levantó una mirada de asombro al joven.

—¿Sospechar...? —repitió, extrañada—. ¿Quién iba... a querer hacer daño a Linda?

Danny compuso una mueca.

—Por lo menos existe una persona para eso, nena. Las pruebas saltan a la vista.

Ella abatió la cabeza entre los hombros y, haciendo un ademán a Burt, dijo Danny:

—Llena de nuevo su copa, Burt. La chica lo necesita.

Janice denegó, moviendo la cabeza.

—No, por favor... —Hizo una breve pausa y agregó—: ¿Quién ha podido matar a Linda?

Danny emitió un suspiro y tomó asiento frente a ella.

—Esperamos que tú nos ayudes, Janice. Es muy posible que se trate de la misma persona que acabó hace unos días con vuestra amiga Laura. Ambos crímenes se relacionan.

—¿Usted cree?

—No me cabe la menor duda. Linda Romero sabía algo que compromete al asesino de Laura, y eso le ha costado la vida.

Hubo un silencio y ella sacudió la cabeza.

—No puedo imaginar de lo que se trata.

—Pues será mejor que hagas un esfuerzo, nena —aseveró Danny—. Lo que Linda sabía también debes saberlo tú, en buena lógica. O por lo menos, es lo que pensará el tipo que la mató.

Janice le miró, agrandados los ojos.

—¿Cree... que corro peligro?

Danny afirmó, moviendo despacio la cabeza.

—Seguro.

—¿Qué puedo hacer? ¡Oh, Dios mío!...

—Tranquila, nena —intentó serenarla La Bianca—. Procura recordar todo lo que ocurrió la noche que mataron a Laura Sebring, y tendremos mucho ganado. Tal vez consigamos llegar al asesino antes de... que te haga algo irreparable.

Súbitamente preguntó Janice:

—¿Cómo puedo saber que son ustedes policías?

Danny pudo leer el temor que la dominaba en sus ojos. Extrajo el carnet de detective y se lo mostró, forzando una sonrisa.

—Somos detectives privados, Janice. Para el caso, como si fuéramos policías, ¿eh, Burt?

—Seguro, jefe.

Janice Bates se volvió repentinamente recelosa.

—Quisiera... llamar a la policía, señor...

—La Bianca, Danny la Bianca. Y puedes dejar de lado lo de señor. En cuanto a la policía... la avisaremos a su debido tiempo. Primero, debes contestar a unas preguntas.

El temor de la muchacha iba en aumento, y trató de tranquilizarla Danny, diciendo risueño:

—Vamos, Janice. Nosotros no hemos matado a Linda.

—¿Cómo puedo estar segura?

—Llevamos mucho rato hablando aquí juntos, nena. ¿No crees que hemos tenido tiempo suficiente de hacerte daño, de haberlo querido? Para tu tranquilidad, voy a decirte que trabajamos contratados por los padres de Laura, ¿entiendes? Tenemos más interés que la propia policía en atrapar al canalla que ha hecho

esto.

Janice Bates quedó pensativa unos instantes.

Danny continuó diciendo:

—Debes ayudarnos, puesto que así te ayudas tú, Janice. Hicimos una visita a Clark Ellis, y nos dijo que aquella noche estabais juntas las tres. Ahora sólo quedas tú con vida, y debemos procurar que la conserves. ¿Por qué no nos dices todo lo que ocurrió?

Ella levantó la mirada a él y movió la cabeza.

—No puedo imaginar...

—Deja que te haga unas preguntas, y tú solo respondes con la verdad, Janice. Será To mejor.

Janice afirmó lentamente y, después de un corto silencio, inquirió el detective:

—¿Dónde se celebró la reunión?

—En el hotel Imperio.

—¿Cuántos hombres había con vosotras?

Ella tardó un poco en responder:

—Seis..., o tal vez cinco. No puedo recordarlo demasiado bien.

—No importa, Janice. ¿Conocías a alguno de ellos?

—Pues... creo que sí. Había tomado unas copas... Estoy segura de que uno de ellos era el industrial Archer Lovell. He visto su fotografía en algunas revistas.

—¿Quién más, Janice? Trata de hacer un esfuerzo y recordar.

—Otro era el millonario Benjamín Aldrin —dijo la muchacha, después de un esfuerzo mental—. Un hombre muy amable con nosotras.

—Ya. ¿Algún nombre más?

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—No... Creo que ahora necesito una copa.

Danny hizo una señal a Atkins y éste se apresuró a traer la botella y escanciar líquido en la copa que sostenía Janice. La chica bebió el contenido de un trago y, antes de que se repusiera, siguió preguntando Danny:

—¿Puedes recordar alguna peculiaridad en los otros, Janice? Es importante que respondas. Cualquier detalle puede sernos de gran utilidad.

La muchacha se pasó la mano por el rostro y tanto Danny como Burt se dieron perfecta cuenta de que buscaba afanosamente algún

recuerdo en su mente. No obstante, transcurrieron lentos los segundos hasta que Janice dijo:

—Tres de ellos daban la impresión de ser forasteros. No sé... gente del Sur.

—¿De Georgia, Alabama...?

Ella negó con la cabeza.

—Yo más bien diría que tejeños o de Nuevo México. Pero no sería capaz de jurarlo.

Danny volvió a darle unas palmaditas en el brazo.

—Lo estás haciendo muy bien, Janice. Ahora, tómate el tiempo que quieras, pero procura recordar lo mejor que puedas. —Guardó silencio unos instantes, y luego preguntó—: ¿Ocurrió algo anormal, extraño, durante la reunión?

Janice se apresuró a negar.

—No.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Las mejillas de Janice se ruborizaron.

—Bueno..., mientras yo estuve presente, no recuerde que ocurriera nada de particular.

—¿Y al final, Janice?

—¿Al final? Todo se desarrolló con la normalidad de siempre.

Danny rió, áspero.

—Ya. Sólo que esta vez estrangularon a una chica, y alguien tuvo que hacerlo. ¿Quién fue el primero en abandonar la reunión, nena?

—Benjamín Aldrin —respondió sin titubeos Janice—. Dijo que se encontraba cansado y se marchó. —Comprendo. ¿Sabes, por casualidad, quién acompañó a Laura Sebring?

La muchacha dudó unos instantes.

—Creo... que fue uno de los tejeños.

—¿No puedes recordar su nombre?

—Nadie me lo presentó —dijo Janice—. Sin embargo, me pareció escuchar que Benjamín y Archer le llamaron varias veces por el nombre de Lew. Aunque no puedo estar muy segura.

Danny la miró unos segundos y luego se puso en pie. Pasándose la mano por el mentón, dijo:

—Será mejor que te vistas, Janice.

Ella frunció el ceño, extrañada.

—¿Por qué?

—Hemos terminado, nena —respondió calmoso La Bianca—. Burt y yo vamos a marcharnos, y no me gusta la idea de dejarte sola aquí. Será mejor que vengas con nosotros.

Janice siguió mirándole, pero ahora recelosa.

—¿Adónde?

—Te dejaremos frente a la Brigada de Homicidios a la que pertenece el teniente Martin Flagg. Pregunta por él, y explícale todo lo sucedido.

Janice Bates no tardó ni ocho minutos en estar lista.

Los tres abandonaron el apartamento, dejando dentro el cadáver de Linda Romero.

Poco después, quedaron solos en el coche Atkins y La Bianca, tras haber descendido Janice.

Inquirió Atkins:

—¿Ahora qué, jefe?

—Dormir a pierna suelta y recuperar energías, Burt. Mañana tendremos que visitar a Archer Lovell. —Hizo una pausa y añadió —: Puede llevarnos mucho tiempo hallar su paradero.

Burt dejó escapar un suspiro.

—Ojalá no le encontremos.

CAPÍTULO X

Danny la Bianca penetró en la antesala de su despacho seguido de Burt, y lanzó el sombrero a un archivador, pero pasó de largo y cayó al suelo. Sin preocuparse por ello, depositó un billete de diez dólares sobre la mesa de su secretaria.

—Llégate al bar de la esquina y que preparen tres desayunos de aquí te espero, Susan. Se acabó la miseria.

La morena se puso en pie.

—Que sean cuatro, jefe.

—Eso —cortó Burt, agradecido—. Esta chica vale su peso en oro, Danny. Yo soy capaz de comerme dos desayunos solito.

—Ansioso, degenerado...

Susan sacudió la negra cabellera.

—El cuarto desayuno es para el teniente Martin Flagg, Burt.

—¡A ése que le mantenga...!

—Será mejor que se lo digáis vosotros —volvió a reír Susan—. Hace una hora que os aguarda, y está que se sube por las paredes.

Seguido de Atkins, penetró Danny en su despacho.

Y antes de que pudiese abrir la boca, se le vino encima el teniente Martin Flagg, con cara de pocos amigos.

—Esto no es una revolución, Danny, maldita sea.

El joven frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, Martin?

Flagg le pegó una dentellada al aire.

—Hace veinticuatro horas que estáis en el caso, y vamos a tener que declarar la ciudad como zona de desastre.

Danny tomó asiento en un sillón, y cruzó las piernas.

—Sigo sin comprenderte, Martin.

El policía soltó un resoplido, y le apuntó con el índice extendido y una mueca feroz en el rostro.

—No te hagas el lila conmigo, ¿quieres, Danny? —Después

agregó, en tono más calmado—: Apenas habéis empezado a trabajar en el caso, y ya han ocurrido una serie de desgracias. En la mansión de Benjamín Aldrin se ha roto mobiliario por valor de un puñado de dólares, dos coches quedaron destrozados, una mujer ha muerto estrangulada...

Burt sacudió la diestra.

—Y eso es sólo el principio.

Flagg lo fulminó con la mirada, y Atkins se pegó un mordisco en el labio inferior, de rápido que cerró la boca. A continuación, siguió diciendo el oficial:

—Y por si todo eso fuera poco, está lo de Clark Ellis.

—¿Qué pasa con Ellis, Martin? No me vayas a decir que presentó una denuncia contra nosotros.

—¡No te hagas el nuevo, Danny!

El joven se levantó bruscamente, y pegó un puñetazo en la mesa. Se hizo verdadero daño, y estuvo a punto de lanzar un aullido. No obstante, se aguantó y farfulló, colérico:

—¡Al granuja de Ellis tenía que sacarle información, Martin! ¿Cómo diablos querías que lo hiciera?

Flagg sacudió la cabeza de un lado a otro.

—De cualquier modo, menos cargándote a los tres, Danny —murmuró, ceñudo—. Me parece que voy a cambiar de opinión respecto a vosotros. Me habéis metida en un buen lío con el capitán Luck...

Pero ni Danny ni Burt escuchaban las palabras que siguió pronunciando Flagg. Ambos se habían quedado mudos de asombro, con la sangre helada en las venas.

Finalmente, pudo articular Danny:

—¿Quieres... repetirlo, Martin?

El teniente levantó los brazos al techo.

—¡Oh, Danny...! Esta mañana han aparecido los cuerpos de Ellis y sus dos gorilas con un relleno de plomo.

Danny estaba en pie, y estuvo a punto de pegar un manotazo en la pechera de la camisa del teniente. Se contuvo a tiempo, y cerró y abrió repetidas veces los dedos en el aire.

—Crees que lo hemos hecho nosotros, ¿eh, Martin? —habló con helada entonación—. No te rompo las narices porque iría a parar a una celda, y todo lo que huele a policía apesta. Pero te pido que

salgas pitando de aquí, antes de que te saque a patadas.

Martin Flagg presentó las manos extendidas ante el pecho, y forzó una mueca que quiso ser sonrisa.

—Tranquilo, chico. Sólo se trataba de una prueba, hombre. Ya le dije al capitán que no erais unos carniceros.

Hubo un largo silencio, y Danny volvió a su asiento, hosco el semblante. Por su parte, Burt Atkins masculló, colérico:

—Este tipo me ha quitado el hambre, Danny.

Observando que La Bianca seguía silencioso, hizo un gesto amistoso el teniente.

—¿Sin rencor, Danny?

El joven levantó la cabeza, y clavó los ojos en él.

—No se te ocurra, jamás en la vida, hacer otra prueba como ésta, Martin. Si te interesa mi amistad, no lo hagas.

Flagg asintió, dando una cabezada.

—Descuida. —Hizo un breve silencio y continuó—: ¿Tienes inconveniente en relatarme todo lo sucedido, desde que os dejé ayer, Danny?

Después de unos segundos silencioso. La Bianca puso al corriente al policía de todo cuanto había tenido lugar, sin omitir ningún detalle. Cuando hubo terminado, se pasó Flagg la mano por el rostro.

—Según eso, todo parece señalar al tejano llamado Lew Styron, ¿no? Voy a ponerme en contacto con mis colegas de allí, y solicitaré informes del individuo.

Danny levantó la diestra.

—No corras tanto, Martin.

El teniente arrugó la nariz.

—¿Qué tienes en mente, Danny?

—¿No te parece todo demasiado fácil?

Flagg encogió los hombros.

—No te comprendo.

—Cuando un caso se resuelve con tanta facilidad, siempre me huele mal, Martin.

Burt Atkins resolló:

—Eso es lo que pasa siempre, teniente. Danny es así de caprichoso. Ahora se pondrá a buscar la posible culpabilidad del capitán Luck, de los senadores amigos de Read..., hasta es posible

que desea interrogar al presidente. Danny ha nacido para complicar la vida a los demás. Estoy hasta la coronilla...

—¡Cállate, Burt! —le cortó, seco, Danny.

En aquel momento, asomó Susan la cabeza por la puerta y, dibujando en el bonito rostro su mejor sonrisa, dijo:

—El desayuno está listo, señores.

Danny aventó el aire, dando un manotazo.

—Que espere, Susan. No tenemos mucha hambre...

Burt Atkins ya estaba galopando hacia la salida.

—Serás tú, jefe. Yo estoy que me desmayo. —Ya bajo el dintel, apartó a la morena y se giró a los otros dos—: Si tardáis, no dejo ni un terrón de azúcar. El que avisa no es traidor...

Danny le lanzó un cenicero, pero Burt se dio prisa en cerrar la puerta, y el objeto se estrelló en la madera.

Quedaron solos el teniente y Danny, y dijo el primero:

—Algo te está rondando la mente, y me gustaría saber lo que es, Danny. ¿No me has ocultado nada?

—No, Martin. —La Bianca permaneció unos instantes meditativo, y luego agregó—: No creo que el tejano Lew Styron sea el culpable.

—¿Por qué? —inquirió Flagg—. Los relatos de Al dría y Janice coinciden en todo, ¿no?

—En efecto. Admito que Laura Sebring muriese a manos del tejano. Pero no es eso lo que tenemos que descubrir, Martin. ¿Qué representa el nombre de Wilfrid Read escrito en un papel, y en la mano de una mujer estrangulada? Ésa es la respuesta que debemos buscar.

—Lew Styron puede ser el asesino del senador y de la chica, Danny. Ella pudo descubrir algo comprometedor y...

—... Styron fue tan estúpido de dejarle el papel en la mano, después de matarla, ¿eh? No, Martin. La cosa es más complicada.

Hubo un nuevo silencio, y lo rompió Flagg:

—¿Qué piensas hacer, Danny?

—Localizar a Archer Lovell y pedirle que me presente a su amigo, el tejano. Me gustaría mantener una conversación con él.

Flagg carraspeó.

—Oye, Danny...

—¿Sí?

—Te estás moviendo en un nivel muy alto. Cualquier resbalón..., una denuncia contra vosotros nos obligaría a actuar, ¿comprendes?

—No, Martin.

Flagg imprecó una maldición.

—Tienes que hacerte cargo, diablos.

Danny arqueó las cejas, irónico.

—Me habéis pedido que descubra al asesino del senador Willfrid Read, ¿no, Martin? Burt y yo sólo somos dos desgraciados, pero la basura huele mal, venga del rico o venga del pobre. ¿Quieres que escarbe en ella para traerte al criminal o te frío un par de huevos?

El teniente dejó escapar un gruñido.

—No seas idiota, Danny.

—La cuestión no tiene vuelta de hoja, teniente. O me dejáis trabajar a mi modo, o me retiro, tan contento.

Martin Fiagg terminó por acceder, dando una brusca cabezada.

—De acuerdo.

Danny sonrió apagadamente.

—Bravo, Martin.

—¿Procurarás ser suave con el industrial Archer Lovell, Danny? Tiene mucha influencia en las altas esferas...

Danny le palmeó el hombro, empujándolo hacia la salida.

—No te preocupes, hombre. Seré suave como un guante de seda. Sólo deseo que me diga el paradero de Lew Styron, y algunas cosillas más. Ahora vamos a desayunar, antes de que el caníbal de Burt acabe con todo.

CAPÍTULO XI

—Deseamos hablar con Archer Lovell, nena.

La secretaria particular del importante industrial frunció el ceño, y reflejó en el semblante una expresión de contrariedad. Tendría unos veintiocho años, y era bastante agraciada.

Sacudió la rubia cabellera, diciendo secamente:

—Me temo que no podrá recibirles, señores.

Danny la Bianca forzó una sonrisa.

—Pues tendrá que hacerlo, nena.

—Soy la señorita Payne, señor.

Danny asintió, dándose por enterado, y señaló hacia la entrada al despacho del jefe de la señorita Payne.

—Dígale que tenemos que verle urgentemente, señorita Payne.

—¿Tienen hora?

Burt, que se hallaba junto a su jefe, consultó el reloj.

—Las once y veinticinco minutos, nena.

La secretaria movió la rubia cabellera.

—No me ha entendido. Me refiero a que si tienen ahora concertada con el señor Lovell.

Danny encogió los hombros.

—No sabíamos que había que hacerlo. La próxima vez...

—Les puedo dar hora para otro día —habló rápida la secretaria—. ¿Cómo dijeron que se llamaban?

—No lo dijimos, nena —sonrió Danny—. De todas formas no importa, ya que no podemos esperar a otro día.

—Crea que lo siento, pero...

—Dígale que están aquí sus cuñados, rubia.

Ella compuso un gesto de perplejidad.

—¿Cómo ha dicho?

—Sus cuñados. Hemos venido del pueblo, y no queremos irnos sin darle un abrazo al bueno de Archer.

—El señor Archer es soltero.

Danny fingió atirantar el rostro.

—¿Está insinuando que nuestra hermana nos mintió, rubia?

—Bueno...

La Bianca la cortó con un gesto, y cambió una mirada con Atkins.

—Me temo que Archer o Glenda nos mintieron, Burt.

—¿Quién es Glenda, Danny?

—Nuestra hermana, idiota.

Burt tragó saliva, y empezó a mover la cabeza en sentido negativo.

—Oye, Danny, si vas a buscar cisco...

—Esto tenemos que aclararlo en seguida —le interrumpió Danny, enfurecido aparentemente—. Ningún señorito de ciudad se va a burlar de nuestra hermana. Vamos, Burt.

La secretaria se había quedado estupefacta en su sillón y, cuando quiso darse cuenta, ya estaba Danny junto a la lujosa puerta de caoba labrada. El joven asió la empuñadura y, abriendo, penetró en el despacho seguido de Atkins.

Sentado detrás de una mesa panorámica que describía un amplio semicírculo, un hombre de cabellos muy oscuros, rostro enérgico y unos cuarenta años, levantó la cabeza, sorprendido.

—¿A qué se debe...?

Danny se llegó a su lado en dos zancadas, y le mostró el carnet de investigador privado.

—Tenemos urgente necesidad de charlar con usted, señor Lovell. Su secretaria nos dijo que estaba ocupado, pero créame que se trata de algo verdaderamente importante.

Archer Lovell pulsó un botón del intercomunicador y dijo, áspero:

—Llame a la policía, señorita Payne.

Danny rió, denegando, al tiempo que tomaba asiento con toda tranquilidad frente al otro.

—Yo, de usted, no lo haría, Lovell. Tendría que explicar yo su relación con la muerte de Laura Sebring.

Lovell lo pensó brevemente, y volvió a pulsar el botón.

—Señorita Payne.

—Diga, señor Lovell.

—No llame, por ahora, a la policía.

Cortando la comunicación, miró el industrial inquisitivamente a La Bianca. Echó un nuevo vistazo al carnet de éste, que continuaba sobre la mesa, e inquirió:

—¿Qué ha querido insinuar, señor La Bianca?

Danny encogió los hombros, esbozando una sonrisa.

—Yo no he insinuado nada, señor Lovell. Me he limitado a decirle que usted está conectado, de algún modo, al asesinato de la prostituta Laura Sebring.

Lovell lo miró fijamente.

—¿Cómo sabe usted eso?

—¿Qué importa? —Soslayó la pregunta el joven—. Mi compañero y yo hemos sido encargados de esclarecer el asesinato de la chica. Estamos tirando del hilo, y nos ha conducido hasta usted. Sólo busco su colaboración, señor Lovell.

—¿Qué tipo de colaboración?

Danny juntó las yemas de los dedos, y lo miró por encima de las manos.

—Si le parece, puede empezar por decirnos la identidad de las personas que se hallaban, aquella noche, en el hotel Imperio.

El rostro de Lovell permaneció impenetrable.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Es una forma de colaborar, señor Lovell.

—No deseo hacerlo. Mi vida privada y la de mis amigos no tiene por qué ser aireada.

—Su vida privada y la de sus amigos empieza a ser más conocida que el anuncio de la

«Coca-Cola»,

señor Lovell. Aquella noche se encontraban en su compañía Laura Sebring, dos furcias más, llamadas Janice y Linda, Benjamin Aldrin, Lew Styron... ¿Quiere que continúe?

Archer Lovell estaba lívido.

—¿Cómo ha sabido todo eso, señor La Bianca?

—Ya le dije que estaba tirando de un hilo. ¿Puede decirnos dónde se encuentra, en estos momentos, el tejano Lew Styron?

—Pues... terminó su viaje de negocio a esta ciudad, y regresó al sur. ¿A qué viene ese interés en Styron?

—Se lo diré luego. ¿Cómo puedo estar seguro de que el tejano

ha regresado a sus pozos de petróleo?

—Mi secretaria se encargó de sacarles los pasajes. Styron y sus amigos han regresado a Texas. ¿Quiere que llame a la señorita Payne para que se lo confirme?

Danny denegó con un gesto.

—No hace falta. ¿Consiguió sacarles la tajada que necesitaba, señor Lovell?

El industrial parpadeó, asombrado.

—¿Cómo puede saber...? Oiga, detective, no me gusta la presencia de ustedes en mi despacho. Voy a ordenar a la señorita Payne que llame a la policía. Tengo la conciencia tranquila. Sólo se me puede acusar de cierta... inmoralidad en el hotel Imperio.

—No llame a la policía, señor Lovell.

—¿Por qué?

—Están muy ocupados, llevando cadáveres al depósito. Han muerto Clark Ellis y sus dos acólitos, Linda Romero...

Danny tenía la mirada fija en el rostro de Lovell, y hubiera jurado que aquella expresión de infinito asombro no era fingida.

Archer Lovell pareció derrumbarse, de pronto, en el sillón. Se puso un cigarrillo en los labios, y lo encendió con mano temblorosa. Después de un rato, levantó la mirada al joven.

—¿Quién supone que lo ha hecho, La Bianca?

—Esperaba que usted me aclarara algo, señor Lovell. ¿A qué hora se marchó Lew Styron con Laura Sebring?

Lovell arrugó el ceño.

—¿De dónde ha sacado eso? Styron no se marchó con Laura.

Ahora fue Danny el sorprendido.

—¿Está seguro?

—Completamente. Laura Sebring salió de la reunión conmigo.

CAPÍTULO XII

—¿Quiere repetir eso, señor Lovell?

—Yo acompañé a Laura Sebring a su apartamento, en el centro de la ciudad. Ella no vivía con sus padres...

—Lo sabemos, señor Lovell —le cortó, excitado, Danny—. ¿Le importa contestarme a unas preguntas? Puedo prometerle que no comprometerán a ningún inocente.

Archer Lovell tardó unos segundos en responder.

—Adelante, La Bianca —asintió—. Haga sus preguntas, aunque no me obligo a contestarlas todas.

—De acuerdo. —El joven dio una lenta cabezada y, después de un breve silencio, formuló la primera—: ¿Qué significaba para usted que el senador Willfrid Read llegara a gobernador del estado?

Lovell no pudo evitar un respingo.

—¿Qué tiene eso que ver...?

—Deje que haga yo las preguntas, señor Lovell —pidió Danny, haciendo un gesto con ambas manos—. ¿Conocía personalmente a Read?

—Desde luego.

—¿Eran amigos?

—Pues... no éramos enemigos. Habíamos coincidido en algunas reuniones. —Viendo el gesto que se plasmaba en el rostro de La Bianca, se apresuró a aclarar Lovell—: Reuniones muy diferentes a la del hotel. Imperio, por supuesto. Willfrid Read era un hombre íntegro, moralmente intachable. De haber llegado a gobernador se hubiera creado múltiples enemigos.

—Se los creó antes de llegar, señor Lovell. Es evidente que estorbaba a alguien, y por eso lo eliminaron.

Lovell guardó silencio unos instantes, y a continuación preguntó:

—¿Están relacionadas, de alguna forma, las muertes del senador Read y esa chica, La Bianca?

—Seguro —afirmó Danny. Luego sonrió—. Habíamos quedado en que yo iba a formular las preguntas, señor Lovell.

—Sí..., perdone.

—¿A qué vinieron exactamente Lew Styron y sus amigos?

—Les propuse un buen negocio. Se trata de un proyecto que puede resultar altamente fructífero. Lo que ocurre es que yo solo no puedo afrontar los gastos que se producirán. Necesitaba una aportación de capital, y la solicité de ellos.

—¿La hicieron?

—Sí. Estudiaron a fondo el asunto, y finalmente decidieron invertir lo necesario.

—¿Antes o después de la reunión en el hotel Imperio?

—Se firmó el compromiso dos días antes de aquella noche. En realidad, la... fiesta organizada en la *suite* del Imperio fue como una celebración, por haber llegado a un acuerdo.

—¿Está seguro?

Lovell frunció el entrecejo.

—¿Por qué no iba a estarlo? Yo mismo llamé a Ben, y le pedí que organizara aquello. Comprendo que se trataba de algo inmoral...

Danny no lo dejó acabar:

—¿Hasta dónde llega la amistad de usted con Benjamín Aldrin, señor Lovell?

El industrial volvió a mostrarse sorprendido.

—No le comprendo.

—Quiero decir si, en alguna ocasión, ocurrió algo extraño que enturbiara esa amistad.

Lovell le miró fijo a los ojos.

—¿Tengo que responder a eso, La Bianca?

—Se lo agradecería.

—Bueno... Tengo que admitir que Ben no siempre se encuentra dentro de la ley, en sus negocios. Sin embargo, jamás me causó el menor perjuicio, cuando nos asociamos en algún asunto.

—Una última pregunta, señor Lovell. ¿Cómo se enteró de la muerte de Laura Sebring?

—Me la comunicó Ben, por teléfono.

Danny se giró, mirando a su amigo, pero en el semblante de Burt sólo pudo ver infinita perplejidad. Quizá era verdad que su oficio de

fontanero lo desempeñaba mejor que la investigación.

Volvió a mirar a Lovell, y señaló el teléfono.

—¿Puedo utilizarlo, señor Lovell?

—Desde luego.

Danny descolgó el auricular y marcó un número. Al cabo de unos segundos le respondieron, y pidió:

—Póngame con el teniente Martin Flagg. Soy La Bianca.

Pasaron un par de minutos hasta que le llegó la voz conocida del oficial de policía:

—¿Qué ocurre, Danny?

La Bianca dejó escapar una risita.

—¿Sigues interesado en atrapar al estrangulador, Martin?

Procedente del otro lado del hilo le llegó, nítido, el resoplido de su amigo.

—No digas imbecilidades, Danny.

—Eso significa que sigues interesado en él, ¿no?

—Venga ya, Danny.

—Está bien —suspiró cómicamente el detective—. Coge el coche y vente para las oficinas centrales de la compañía Lovell. Voy a entregarte en bandeja al asesino.

Tanto Lovell como Burt respingaron, sobresaltados.

CAPÍTULO XIII

Como cada día, Benjamín Aldrin encendió un habano, después del almuerzo y, con una copa de *brandy* en la mano, se dirigió a la biblioteca. Tenía por costumbre leer durante una hora cada día, antes de reanudar sus actividades.

Sentado en un confortable sillón, llevaba unos veinte minutos leyendo el libro de turno, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta. Con un gesto de contrariedad, autorizó:

—Adelante.

La puerta se abrió, y en el hueco apareció su hombre de confianza. El rubio de cuerpo atlético y fría mirada. Empujaba, con el cañón de su pistola, a Danny la Bianca.

—Encontré a este tipo husmeando en el jardín posterior, señor Aldrin —dijo sin inflexión en la voz—. Le he molestado porque pensé que le interesaría.

Benjamín Aldrin se puso en pie lentamente, y dejó el libro sobre la mesa cercana. Después de mirar burlonamente a los ojos del detective, dirigióse al rubio:

—Has hecho bien en traerlo, Rudy. ¿Lleva arma encima?

—Se la he quitado, señor Aldrin.

—Perfectamente. —Aldrin abrió un cajón, y sacó una automática, que depositó sobre la mesa, tras la que tomó asiento, sin prisas. El rubio Rudy y Danny se hallaban a unos cuatro metros de distancia—. Puedes dejarme a solas con el fisgón, Rudy.

El rubio obedeció en silencio y, al quedar solos, sonrió el potentado a La Bianca.

—Si intenta moverse en dirección a mí, tendré mucho gusto en meterle un balazo, La Bianca. —Luego pareció pensarlo mejor y, alargando la diestra, cogió el arma y empezó a jugar con ella—. Es para sentirme más seguro, ¿sabe?

Danny levantó los hombros, haciendo una mueca.

—Ya no existe seguridad para usted, Aldrin. Se puede decir que es hombre al agua.

Benjamín Aldrin dejó de jugar con el arma, y lo miró, interesado.

—¿Sí?

—Janice Bates lo ha confesado todo.

El joven estaba pendiente de las facciones del millonario, y observó perfectamente que éstas se crispaban, aunque se repuso con prontitud y torció los labios.

—Eso es una balandronada, La Bianca.

El joven volvió a levantar, displicente, los hombros.

—Comprenderá demasiado tarde que no lo es, Aldrin. Sabemos que usted ordenó el asesinato del senador Read, y Clark Ellis con sus hombres lo llevaron a cabo. Janice ha confesado que nos mintió deliberadamente, influida por usted.

Benjamín Aldrin ya no se preocupó de ocultar sus sentimientos. Lívido el semblante, y prietos los maxilares, masculló:

—¡Esa perra...!

Danny sonrió forzosamente.

—Nunca se debe confiar en una mujer de la clase de Janice Bates, Aldrin. Es una equivocación.

Benjamín Aldrin apuntó con la pistola al joven, fulgurantes las pupilas por el odio que le dominaba.

—¿Qué cree haber conseguido, La Bianca?

—Simplemente, descubrir al culpable de una serie de crímenes. Aunque debo confesar que ignoro los motivos.

Aldrin rió fríamente.

—Ahora me dirá que la policía viene de camino, ¿eh, la Bianca?

—Es posible.

—No obstante, se olvida de algo importante.

—¿De qué?

—Admito que Janice les dijera, a usted y a su brutal amigo, una serie de detalles, que me comprometen. Sin embargo, hacen falta pruebas que lo corroboren... Por ejemplo, que Janice repita su declaración ante la policía.

—Está dispuesta a hacerlo.

Aldrin rió, burlón.

—No me diga. —Con la mano libre, descolgó el teléfono que

había sobre la mesa y, poco después, ordenaba—: Acaba con Janice lo antes posible, Rudy. Que desaparezca su cuerpo, sin dejar huellas. Sin contemplaciones, ¿me has entendido, Rudy? Y otra cosa... Buscad al amigo de La Bianca por los alrededores y traedlo. Que un hombre vigile, por si llega la policía, y de el aviso de inmediato.

Colgando el auricular, informó, sardónico, al detective:

—Da la casualidad que Janice está en el piso superior, La Bianca. En cuestión de unos minutos, dejará de ser una amenaza.

Danny apretó los dientes.

—¡Maldito bastardo...!

—¿Siente la muerte de la chica, fisgón? —se burló el potentado—. A fin de cuentas, fue culpa suya, por tirarle de la lengua. Claro que no va a llevar mucho tiempo ese peso sobre su conciencia.

El joven lo miró fijo a los ojos.

—¿Qué piensa hacer, Aldrin?

—Creí que ya lo sabía, La Bianca. No creeré que voy a dejar suelto a un fulano que puede echar por tierra un negocio de varios millones de dólares, ¿eh?

Danny hizo una mueca de resignación.

—Está bien, Aldrin. Reconozco que he jugado y he perdido. ¿Me informará, antes de liquidarme, de los motivos que tuvo para quitar de la circulación al senador Read y a Laura Sebring?

El millonario compuso un vago ademán.

—Eso sólo ocurre en las novelas, La Bianca.

—En la vida real hay más fantasía que en las novelas, Aldrin. Y que conste que no es una frase raía. Si está tan seguro, ¿por qué no me informa, antes de ordenar que me estrangulen? ¿O piensa utilizar otro sistema conmigo?

Aldrin rió bajito.

—Debo reconocer que no le faltan agallas. La Bianca. Casi merece saber contra qué ha luchado inútilmente.

—Vamos, Aldrin, le escucho.

Benjamín Aldrin estuvo unos segundos en silencio, pero finalmente pudo más en él su orgullo que su cautela. Sintióse completamente seguro de sí mismo, cabeceó afirmativamente.

—Adelante con las incógnitas que torturan su mente. La Bianca. Lo que le diga no podrá repetirlo.

Danny se frotó las manos sudorosas, y formuló la primera pregunta:

—¿Por qué tuvo que morir el senador Willfrid Read, Aldrin?

—Tenía el mismo defecto suyo, La Bianca. Le gustaba meter las narices en todo, y descubrió un pastel que pudo darle mucho dinero. En cambio, el muy estúpido prefirió un balazo en la cabeza. No comprendo cómo pueden existir tipos de esa clase.

—Debe ser un pastel muy grande, ¿eh, Aldrin?

—Enorme. Bonos y valores falsos. El primer escalón para convertirme en el hombre más poderoso del país. Siento de veras que no pueda llegar a verlo. La Bianca.

Danny se frotó el mentón.

—¿Y Laura Sebring?

—Esa furcia era la amiguita del idiota de Ellis. Éste bebió más de la cuenta una noche, y la lengua se le desató. Laura intentó presionarme para sacar una buena tajada, y tuve que ordenar al propio Ellis que se encargara de ella.

—Sin embargo, Ellis cometió un error, ¿eh?

Aldrin dio una lenta cabezada, brillantes los ojos.

—Cuando Ellis fue a buscarla a su apartamento, acompañado de sus gorilas, después de que Arch la dejara en él, debió sospechar algo. Por si acaso, escribió el nombre de Read en un trozo de papel, y lo llevó en la mano todo el rato. Ellis fue tan imbécil que no se percató de ello.

—Y eso le costó la vida, ¿no?

—No, La Bianca —confesó, risueño, Aldrin—. Ellis y sus dos idiotas hubieran muerto, de todas formas. Sabían demasiado para dejarlos sueltos por ahí.

El joven guardó silencio, y sacudió la cabeza, dubitativo.

—¿Dónde encaja Linda Romero? —terminó indagando—. No comprendo...

El potentado hizo un ademán escéptico.

—No se haga el modesto, La Bianca. Sabe perfectamente las causas de la muerte de Linda. Ella descubrió mi amistad con Janice, y se dio cuenta de que me ayudaba para hacer recaer las sospechas sobre los tejanos y Archer Lovell.

Hubo una pausa y, después de prolongarse unos instantes, la rompió Danny, comentando:

—Janice se podría ganar la vida perfectamente en Hollywood. Parecía real su terror al descubrir muerta a su amiga, cuando nos salió al encuentro. Luego, durante el interrogatorio a que la sometimos Burt y yo, logró engañarnos.

Aldrin hizo un vago ademán.

—Sin embargo, acabó confesando. Es una lástima que todas las mujeres de su clase...

—Janice no dijo nada, Aldrin —le interrumpió el joven—. He actuado por pura intuición.

Benjamín Aldrin se quedó perplejo.

—¿Cómo dice?

—Que Janice cumplió perfectamente su misión, Aldrin. El que cometió un par de errores, que me hicieron sospechar, fue usted. Cuando estuvimos hablando, se mostró extrañado de que yo relacionara las muertes de Read y Laura. Luego, al tocar el asunto por segunda vez, se hizo el misterioso. Su segundo error fue decir que la reunión en el hotel Imperio era para convencer a los tejanos. El señor Lovell me demostró que el compromiso estaba firmado, antes de aquella noche. Normalmente, las mentes más privilegiadas son las que cometen los errores más grandes, Aldrin. Y que conste que tampoco es una frase mía.

Aldrin tenía fuertemente apretada la pistola, y su rostro era una máscara de odio infinito.

—Debí encargarme personalmente de usted, desde el momento en que mis hombres me informaron que estaba hablando con el teniente Flagg —masculló, iracundo—. En dos ocasiones hemos fallado, pero esta vez le voy a reventar la cabeza, La Bianca.

El joven observó que el dedo del individuo comenzaba a crispase sobre el gatillo.

El cañón le apuntaba, recto, a la frente...

CAPÍTULO XIV

Levantó la diestra, sintiendo que un sudor frío manaba por todos los poros de su cuerpo.

—Un momento, Aldrin...

El otro detuvo su acción.

—¿Qué quiere ahora, La Bianca?

—Tiene que creerme lo que voy a decirle, Aldrin. La policía se encuentra dentro de la casa. El teniente Flagg y sus hombres retienen a sus secuaces fuera de esta biblioteca. No le servirá de nada matarme ahora. Sólo empeorará su situación.

Benjamín Aldrin le enseñó los dientes.

—¿Por qué intenta ganar tiempo, La Bianca?

—Oiga, Aldrin, soy muy joven para morir...

De repente, saltó Danny en el aire, y eludió por centímetros el primer balazo que vomitó la pistola empuñada por Aldrin.

Éste rió, nervioso, y volvió a buscarlo con el cañón, como si él fuera un pichón y aquello un campeonato de tiro.

Por suerte para Danny, la puerta de la biblioteca se abrió bruscamente, y en el hueco se encuadró el teniente Martin Flagg.

—¡Quieto, Aldrin...!

El millonario se revolvió fieramente y ya se disponía Flagg a dispararle cuando Danny saltó como un felino desde el suelo, y arrolló a Aldrin, derribándolo.

De un furioso manotazo, le arrebató el detective la pistola, y comenzó a golpearle, con saña inusitada, el rostro.

Se contuvo, jadeante, cuando una mano se posó en su hombro, y la voz del teniente dijo:

—Ya está bien, Danny.

El joven se incorporó, entrecortada la respiración y advirtió que Martin y Burt se hallaban junto a él. Dos agentes se hacían cargo del magullado Benjamín Aldrin.

Haciendo un ademán, resolló:

—Pudisteis entrar antes, ¿no?

—Lo hicimos justo a tiempo, Danny —dijo Flagg—. Después de todo, estás ileso.

Danny le dirigió una mirada preñada de rencor.

—No vuelvas a meterme en un lío como éste, ¿entiendes, Martin? La próxima vez...

El teniente le palmeó el hombro, risueño.

—Esperemos que no haya próxima vez, Danny. Ahora tenemos la confesión grabada de Benjamín Aldrin. Será un juicio sonado porque tendrá que confesar también los nombres de los personajes que le apoyan, en las altas esferas. Si queréis un consejo...

Burt Atkins se encargó de terminar la frase:

—... Lo mejor es irnos para unas largas vacaciones.

Martin Flagg asintió:

—Exacto.

FINAL

Ambos amigos entraron en el antedespacho, y la morena Susan Baymer se levantó apresuradamente de su asiento.

—Ha llamado un cliente, jefe.

—Que se vaya al diablo.

—¿Cómo dices?

Danny cogió a Susan del brazo, y se la llevó al interior del despacho. Burt fue con ellos.

Una vez en el interior, la dejó Danny caer en su propio sillón.

—Llegaron las vacaciones, Susan.

Ella compuso un mohín de disgusto.

—Jefe, ya te dije...

—Son vacaciones generales a bombo y platillo, Susan —informó, sonriente, Burt Atkins—. Un final feliz, como en las películas de John Wayne. Disponemos de una pequeña fortuna...

Danny le dirigió una aviesa mirada.

—Querrás decir que tengo una pequeña fortuna, ¿eh, Burt? A ti lo que te va es el trabajo de fontanero.

—Hombre, Danny...

—Tengo que discutir un importante asunto con Susan, Burt. Vete a ver si estoy en el restaurante de enfrente.

Atkins dio una cabezada.

—De acuerdo. Pero dame un par de dólares para sentarme a la mesa contigo, Danny. Seguro que estás allí.

La Bianca sacó del bolsillo unos billetes arrugados, y los lanzó al aire. Burt los atrapó, en pleno vuelo.

Como no se moviera de allí, inquirió, hosco, Danny:

—¿A qué esperas, Burt?

—Quiero ir de carabina, ¿eh, Danny?

—Lárgate.

Atkins se rascó la pelambrera, pensativo.

—Hay algo que no comprendo, Danny.

—Es la mar de sencillo. Sólo tienes que salir corriendo de aquí, y meterte al galope en el restaurante.

—No se trata de eso, Danny. —Hizo una breve pausa Atkins, y luego añadió—: Cuando estábamos hablando con Archer Lovell, llamaste a Flagg y le dijiste que ya tenías al asesino.

—Y lo tenía.

—Pero yo pensé que te referías a Lovell. Y por la cara que puso él, lo creyó también. Luego, vino el teniente, y empezaste a convencerlo para representar la comedia. ¿No era más sencillo ir en busca de Flagg, y no asustar a Lovell?

Danny dejó escapar un suspiro.

—Eres un fontanero, Burt. Nunca lograré hacer de ti un buen detective, infiernos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cuántas veces intentaron quitarnos de en medio, la gente de Aldrin?

—Dos.

—Pues no quise darles una tercera oportunidad, ¿entiendes? Deseaba la protección de la policía, al abandonar las oficinas de Lovell.

Burt sonrió, dando una cabezada.

—Eres un genio, Danny.

La Bianca le señaló la salida.

—Anda, vete a masticar lo que te echen, y luego te irás a sacar unos pasajes para Uruguay.

—¿Uruguay...? Yo creí que, por lo menos, nos iríamos a Grecia.

Danny apretó los dientes.

—¡Largo de aquí, Burt!

Atkins no se hizo repetir la orden, y desapareció como una flecha.

Danny se inclinó sobre el sillón que ocupaba Susan.

—Tengo un problema, nena.

Ella sonrió, picara.

—Para eso estamos las secretarias, jefe.

—De ahora en adelante, no quiero que me llames jefe.

—Sí, Danny.

—Tampoco quiero que, por el escote, enseñes... Bueno..., tú ya

me entiendes.

Ella negó en lenta cabezada.

—No, Danny.

El joven masculló una maldición.

—No quiero que mi mujer vaya enseñando por ahí lo que sólo yo puedo ver, caray.

Susan abanicó las pestañas.

—¿Te estás declarando, Danny?

—No. Sólo trato de ahorrarme el sueldo que cobras como secretaria. Al regresar de las vacaciones, tendremos que volver al trabajo...

—Hace tiempo que no me pagas, Danny.

—Por eso.

Susan se puso lentamente en pie, y ambos rostros quedaron muy cerca el uno del otro.

—¿Puedo confiar en ti, Danny? —musitó ella.

—Soy mi buen detective, a pesar de las malas lenguas.

—No me refiero a eso. Sabes que me tiene sin cuidado la clase de detective que seas.

Danny imprecó entre dientes.

—Oye, nena, habla claro...

—En el coche, te dejaste llevar por los instintos.

—Y un cuerno.

—No vas a engatusarme, Danny —dijo Susan, cada vez más segura de sí misma—. Iré de vacaciones con vosotros, si antes pasamos por un juez de paz. Ésa es la condición.

Danny dejó escapar un resoplido.

—¿Y qué crees que pretendo?

—Otra cosa, Danny.

—¿Sí?

Susan le miró al fondo de los ojos.

—Quiero estar segura de tu amor.

Danny no pudo esperar más.

El perfume que emanaba del cuerpo de la chica era demasiado embriagador para seguir resistiéndose.

Tiró de ella, atrapándola entre sus brazos, y se empleó a fondo.

Susan Baymer sonrió, dichosa, porque estuvo total mente segura de haber logrado su objetivo.

FIN

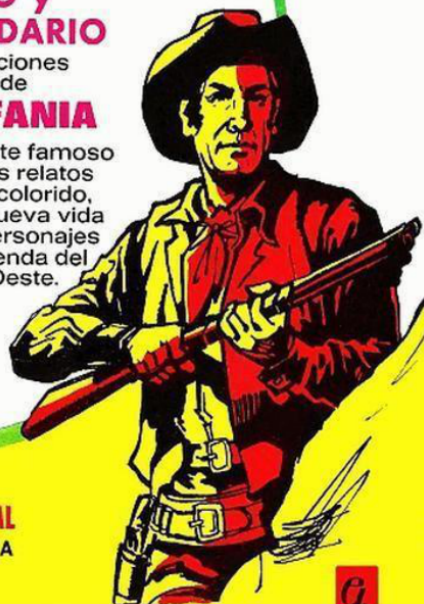
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

